

TEMA 1. LA CIVILIZACIÓN ROMANA.

1. Los orígenes de Roma.

1.1. La península italiana en el siglo VIII a. C.



La península italiana está en el centro del mar Mediterráneo. Desde el siglo VIII los griegos se instalaron en el sur de la península y en la isla de Sicilia, donde también había colonias fenicias. Gracias a la presencia de estos colonos, en el sur de Italia empezaron a utilizarse pronto la escritura y la moneda y surgieron ciudades con una organización semejante a las de Grecia.

En aquella época existió también en Italia un pueblo del que no conocemos su origen, los etruscos. Etruria, su patria, estaba en el norte de la península y era un conjunto de ciudades independientes, cada una gobernada por un rey y varias

asambleas. Los etruscos eran grandes ingenieros, y en sus ciudades construyeron acueductos, cloacas y puentes. De ellos conocemos sobre todo su arte funerario, en el que destacan las pinturas de las tumbas y los retratos de los difuntos en los sarcófagos. También realizaban prácticas adivinatorias, que pretendían conocer la voluntad de los dioses examinando las entrañas de las víctimas sacrificadas y el vuelo de los pájaros y que luego heredaron los romanos.



1.2. Los orígenes míticos de Roma.

Los romanos creían que en la fundación de su ciudad habían intervenido los dioses. Esta tradición se recoge en un mito que los romanos situaban en el año 753 a. C. En él se narra como dos gemelos, Rómulo y Remo, hijos del dios Marte, fueron abandonados por su tío, y lograron sobrevivir amamantados por una loba; ya adultos, castigaron a su tío y decidieron fundar una ciudad en el mismo lugar en el que les había encontrado la loba, a la que llamaron Roma. Tras trazar los límites de la ciudad, Rómulo mató a Remo porque se había atrevido a atravesarlos y se convirtió así en el primer rey de Roma.



Este mito muestra que los romanos creían que su ciudad había tenido un origen sobrenatural, y eso les animaba a creer que estaba destinada a grandes empresas. Pero hoy sabemos que su origen fue en realidad más humilde y que fue el resultado de la unión de distintas aldeas que existían en las orillas del Tíber. Aunque desde sus orígenes Roma tuvo mucha influencia etrusca y griega, su cultura era completamente original: sus habitantes hablaban latín, y eran sobre todo ganaderos y agricultores y apenas desarrollaron apenas el comercio.

2. La monarquía.

Una monarquía es un sistema político en el que el poder lo tiene una sola persona y fue el que tuvo la antigua Roma desde su fundación, en el siglo VIII a. C., hasta el siglo VI a. C. Como en algunas polis griegas, los reyes latinos eran elegidos y tenían poderes religiosos (eran los sacerdotes más importantes), judiciales (decidían si alguna acción era o no justa) y militares (dirigían la guerra). Los romanos llamaban "imperium" a la suma de estos poderes.



Tenemos muy pocas noticias de esta etapa y consisten sobre todo en leyendas que cuentan que en estos siglos se sucedieron en Roma siete reyes, algunos de ellos etruscos. Como se trata de leyendas, no podemos entenderlas estos relatos, pero nos permiten deducir que durante esta época Roma estuvo bajo el poder de los etruscos. Gracias a la influencia de este pueblo, en Roma se construyeron en la ciudad una cloaca, el primer acueducto y un puente; como la zona próxima al Tíber estaba entonces inundada, los etruscos la drenaron y comenzaron a construir el foro.

Durante la monarquía la sociedad romana ya estaba dividida en dos grupos, que se mantuvieron durante toda la historia de Roma, el de los patricios, que eran los miembros de las familias importantes, las primeras que llegaron a Roma, y los dueños de toda la tierra, y los plebeyos, que habían llegado más tarde.

Desde su fundación, Roma luchó con las ciudades vecinas, que intentaban someterla, pero consiguió mantenerse independiente e incluso anexionó algunas ciudades, como por ejemplo Ostia, que proporcionó a Roma una salida al mar.

3. La República.

3.1. La organización política de la República.

Según la tradición el año 509 a. C. un ciudadano patricio, llamado Bruto, expulsó al último rey de Roma. En ese momento apareció la República, un sistema político sin rey, en el que el poder lo tenían los ciudadanos, como el de otras ciudades del Mediterráneo en las mismas fechas. El imperium pasó a manos de unos magistrados, los cónsules, que eran nombrados sólo durante un año y eran siempre dos, para vigilarse mutuamente y evitar así que se volvieran tan poderosos como reyes. Pronto, para ayudar a los cónsules, aparecieron otros magistrados, como los pretores, encargados de la justicia.

La República tenía varias asambleas. El pueblo se reunía en los comicios para votar las magistraturas y algunas decisiones que los cónsules propusieran. Pero los comicios se convocaban pocas veces y la asamblea más poderosa era el Senado, formado por los jefes de las familias patricias y que se ocupaba de asesorar a los magistrados y ratificar las votaciones del pueblo. Además todos los cargos políticos eran ocupados por miembros de las familias patricias.

3.2. La conquista de Italia.

Durante la República, Roma continuó su expansión. Al principio, Roma fue una ciudad poco importante e Italia estaba dominada por los etruscos, al norte, y los griegos, al sur; las ciudades pequeñas del centro formaron una alianza, la Liga Latina, que pronto lideró Roma y con la que derrotó a

los etruscos en el siglo IV a. C. Sin embargo, Roma comenzó a comportarse de forma dominante con sus aliados, acabó con su amistad y se enfrentó a ellas hasta someterlas. En el siglo III a. C. Roma concluyó la ocupación de la península Italiana expulsando a los griegos de las colonias del sur. Estos triunfos fueron posibles gracias a la organización de un ejército muy disciplinado formado por ciudadanos.

Pero no todo fueron victorias; el año 390 a. C. los galos, un pueblo bárbaro que vivía al norte del río Po, entraron en Roma y la saquearon. Aunque no ocuparon la ciudad y regresaron a su tierra, este episodio quedó profundamente grabado en la memoria de los romanos, que siglos más tarde seguían temiendo que se repitiera esa invasión.

3.3. Los conflictos sociales.

Desde sus orígenes la sociedad romana estuvo dividida en dos grupos: patricios y plebeyos. La diferencia entre ambos era muy antigua: los patricios descendían de los primeros romanos, los patres, estaban protegidos por el dios Júpiter y eran los únicos que podían hacer augurios; como consecuencia, sólo ellos podían formar parte del Senado, ser sacerdotes y ocupar magistraturas. Los plebeyos, en cambio, no tenían la protección del dios y estaban apartados de las magistraturas y de las decisiones importantes.



Con el tiempo, Roma fue adquiriendo importancia comercial y se hizo dueña de muchas tierras conquistadas, y fueron los patricios los que se beneficiaron con los negocios y la explotación de las propiedades rurales. Los plebeyos formaban la mayor parte del ejército, pero no se beneficiaron de las conquistas, de modo a principios del siglo V a. C. se rebelaron y se negaron a luchar, en una época en que las guerras eran constantes. Así consiguieron que los patricios aceptaran que un representante de la plebe, el tribuno, acudiera al Senado, donde que podía vetar las leyes, y que uno de los dos cónsules fuera plebeyo.

Otro de los motivos de disgusto de los plebeyos era que no conocían las leyes ni tampoco los días en los que se podía o no reclamar ante un tribunal, asuntos que también eran sagrados y reservados a los patricios, y que ni siquiera estaban puestos por escrito. Ante las protestas de los plebeyos, los cónsules mandaron en el siglo V a. C., hacia el año 450 a. C., que las leyes se publicaran; este conjunto de leyes se conoce como La Ley de las XII Tabas porque ocupaba doce planchas de bronce que se colocaron en el foro. Estas leyes eran muy antiguas y muchas veces no tenían respuesta a los problemas que surgían, como el pago de una deuda, un robo o el reparto de una herencia. Entonces eran los pretores los que decían lo que debía hacerse en cada caso y lo escribía para que los jueces pudieran decidir si alguien que reclamaba tenía o no razón. Estos juicios debían celebrarse al aire libre o en un lugar público y nunca por la noche.

3.4. Las guerras contra Cartago.

Cartago era una ciudad de origen fenicio que estaba gobernada por una oligarquía de comerciantes. Cuando los fenicios entraron en decadencia, Cartago heredó su imperio y tenía muchas colonias en el Mediterráneo occidental, también en la península

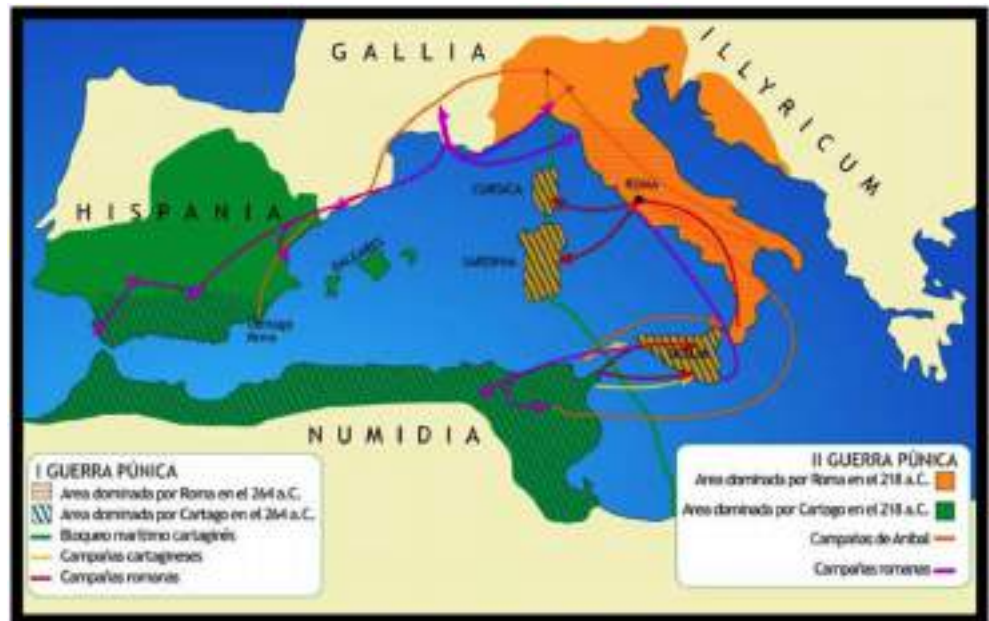


Ibérica; pero Cartago no consideraba a sus territorios como aliados, como sí hacía Roma con las ciudades que había sometido, sino que los tenía oprimidos por un poderoso ejército formado por mercenarios.

Después de conquistar la península de Italia, Roma quiso ocupar Sicilia, donde Cartago tenía algunas colonias, y así estalló una guerra, la primera guerra púnica, en la que Roma venció y Cartago tuvo que abandonar la isla. Tras esta derrota, el jefe de una importante familia cartaginesa, Amílcar Barca, se hizo con el poder de la ciudad y preparó la venganza. Primero ocupó el sur de la península Ibérica, donde consiguió soldados, metales y un punto de partida para ocupar Roma por tierra. Pero Amílcar murió antes de cumplir su plan y fue su hijo Aníbal el que lo llevó a cabo.

El año 219 a. C. Aníbal atacó Sagunto, que era aliada de Roma, y ésta le declaró la guerra: la segunda guerra púnica. Con un gran ejército en el que había incluso elefantes, Aníbal atravesó los Pirineos, la Galia y los Alpes, y ya en el norte de Italia, derrotó en varias ocasiones al ejército romano. Aníbal creía que los pueblos de Italia se

iban a poner de su parte pero no lo consiguió y Roma pudo resistir. Mientras, Roma envió al general Escipión a combatir a los cartagineses primero en España y luego en la propia Cartago, los venció y obligó a Aníbal a regresar a África, donde fue derrotado el año 202 a. C. Como consecuencia Roma ocupó todas las tierras de la península Ibérica que habían sido cartaginesas y el imperio cartaginés se hundió.



La derrota de Aníbal no tranquilizó a Roma. Con la excusa de que había molestado a un aliado de Roma en África, Cartago fue completamente arrasada por Escipión Emiliano el año 146 a. C.

Para luchar contra los cartagineses y, especialmente, con los hermanos Aníbal y Asdrúbal Barca, los romanos habían tenido que enviar tropas al sur y al este de la península Ibérica, donde aquellos tenían mucho poder y aliados. Tras vencerlos, Roma decidió ocupar esas regiones y asegurar así su dominio en esta zona del Mediterráneo. Se trataba de tierras muy ricas, con minas de plata, mercurio y cobre y con ríos auríferos. Los indígenas pertenecían a diferentes tribus ibéricas, que en los siglos anteriores, y gracias a la presencia de colonos fenicios y griegos, habían adquirido el conocimiento de la moneda y de la escritura; como esta escritura está sin descifrar, los iberos se consideran una cultura de la prehistoria, concretamente de la edad del Hierro, que ya sabían trabajar.

Roma no tuvo grandes dificultades para suceder a los cartagineses en el dominio de estas regiones; los iberos ya conocían la vida urbana y tenían magistraturas y leyes y asimilaron de buen grado el dominio de Roma, que suponía una forma de vida semejante a la que ya tenían.

3.5. La conquista de Mediterráneo.

Después de las guerras púnicas Roma se convirtió en una potencia naval y no le resultó difícil dominar, entre el año 200 y el 146 a. C., el Mediterráneo oriental, donde estaban los reinos de Macedonia y Asia Menor. Estos territorios, junto con los tomados de Cartago, no se incorporaron como asociados, sino como provincias, territorios vencidos. Para conquistarlos, el ejército se había hecho más profesional, cada vez había menos ciudadanos en sus filas, y sus generales actuaban sin consultar al Senado y consentían el saqueo de los vencidos para ganarse el favor de sus soldados.



En esta etapa, Roma amplió su presencia en la península Ibérica, que los romanos ya denominaban Hispania, para asegurar la frontera de los territorios que ya tenía. Estas campañas fueron más difíciles, porque los pueblos del interior eran más belicosos que los íberos. Además, algunas tribus ya conquistadas se levantaron contra Roma para protestar por los abusos y codicia de los pretores romanos.

El año 154 a. C. se levantaron contra Roma dos importantes conjuntos de tribus: los lusitanos, que ocupaban el occidente peninsular, y los celtíberos, que vivían en la cabecera del Duero. La guerra lusitana terminó el año 137 a. C. con el asesinato de su jefe, Viriato, a manos de traidores pagados por Roma. La guerra celtibérica finalizó cuando Escipión Emiliano (el mismo que arrasó Cartago) rindió la ciudad de Numancia, su último bastión, el año 133 a. C.

3.6. Las guerras civiles.

Entre los patricios había personas, como Tiberio Graco, que consideraban que el ejército debía estar formado por ciudadanos que defendieran realmente los intereses de Roma y que no lucharan por codicia. Para lograrlo propuso repartir la tierra de los patricios más ricos, y conseguir que hubiera plebeyos que pudieran alistarse. Su propuesta indignó a los patricios y T. Graco fue asesinado en el Senado el año 133 a. C.

A raíz de este conflicto se formaron en Roma dos partidos políticos: el aristocrático, que defendía a los patricios, y el popular, que defendía a la plebe. Ambos partidos estaban dirigidos por líderes patricios, que en realidad solo querían tener poder personal y eran sobre todo poderosos generales del ejército que utilizaban sus campañas de guerra para enriquecerse, conseguir clientes y, sobre todo, ponerse al frente de un ejército que les fuese fiel.

Así, a partir del año 100 a. C., estos generales se dedicaron a conquistar territorios, como por ejemplo Grecia, para aumentar su prestigio y su poder personal. Con el apoyo del ejército conseguían convertirse en cónsules o pretores provinciales y así mandaban incluso por encima del Senado.

Así, a partir del año 100 a. C., estos generales se dedicaron a conquistar territorios, como por ejemplo Grecia, para aumentar su prestigio y su poder personal. Con el apoyo del ejército conseguían convertirse en cónsules o pretores provinciales y así mandaban incluso por encima del Senado. Aquellos generales que no tenían de su parte al Senado se refugiaban en las provincias para conseguir aliados y recursos y seguir luchando. Así, por ejemplo, el general Sertorio, entre los años 82 y 72 a. C., se hizo fuerte en Hispania y trajo hasta aquí la guerra civil y las formas de vida de los romanos.

Más adelante, destacó el general Julio César, que también hizo carrera en Hispania y que gracias a su conquista de las Galias, entre los años 58 y 51 a. C., se hizo tan importante que consiguió que el Senado le nombrase dictador, la máxima autoridad de Roma y de su imperio.

4. El imperio romano.

4. 1. Los primeros emperadores.

Hasta ahora, cuando utilizábamos la palabra "imperio", nos referíamos a los territorios conquistados por Roma. Pero también se llama Imperio a la última etapa de la historia de Roma, que se extiende desde el año 27 a. C. hasta el año 476 de nuestra era. El Imperio es la época en la que el poder de Roma estuvo en manos de los emperadores, gobernantes con un poder absoluto y que no tenían que respetar las antiguas instituciones. También los reyes tenían en la Antigüedad un poder de este tipo, pero mientras un rey mandaba solo sobre una ciudad concreta, el emperador lo hacía sobre un territorio donde había distintos pueblos conquistados.

Julio César se había convertido en una especie de rey en Roma, gracias al apoyo del pueblo y de una parte del Senado. Pero algunos patricios, que aún recordaban los abusos de la monarquía, no estaban dispuestos a volver a ese sistema político y lo asesinaron el año 44 a. C. Octavio, hijo adoptivo de César, conocido más tarde como el emperador Augusto, combatió a los asesinos, los venció y consiguió convertirse en el heredero de César.

A Octavio nunca se le llamó emperador; el Senado le fue concediendo un cargo tras otro, en especial el de cónsul vitalicio y pontífice máximo, y varios sobrenombres honoríficos o títulos, como los de padre de la patria o príncipe. La fecha en la que Octavio recibió el nombre de Augusto, que es con el que el primer emperador pasó a la historia, el año 27 a. C., se considera el inicio del imperio.

Después de Augusto, el pueblo y el Senado de Roma se fueron acostumbrando a que una sola persona, normalmente de la familia del emperador anterior, tuviera todo el poder de manera que el título imperial se hizo prácticamente hereditario. El prestigio y poder de los emperadores llegó al máximo cuando los habitantes del imperio comenzaron a considerarlos como dioses. A partir de Augusto se hizo habitual que se levantaran en las provincias templos dedicados al culto imperial, donde los súbditos demostraban su fidelidad hacia el emperador y hacia la ciudad de Roma.

4. 2. Las conquistas del imperio.

Entre los siglos I y II d. C. el imperio romano siguió creciendo y alcanzó su máxima extensión. Augusto emprendió importantes campañas en las que ocupó Palestina, el norte de España y las regiones que atraviesa el río Danubio. También ocupó Germania y quiso llevar la frontera del imperio hasta el río Elba, pero resultó derrotado en Teotoburgo, el año 9 d. C. De este modo y tuvo que situarla en el Rin.

Augusto concluyó la conquista de la península Ibérica. Solo los pueblos de la cornisa cantábrica, los astures y cántabros, resistían al poder romano; eran pueblos muy primitivos, y la región en la que vivían era agreste y pobre, pero Augusto quería llevar las fronteras hasta el mar y por eso emprendió varias campañas, entre los años 29 y 19 a. C. tras las que consideró que toda la península Ibérica estaba bajo poder romano. Tras la conquista, dividió Hispania en tres provincias: Citerior o Tarraconensis (con



capital en Tarraco), Ulterior Betica (con capital en Corduba o Córdoba) y Ulterior Lusitana (con capital en Emerita Augusta, hoy Mérida).



Los sucesores de Augusto incorporaron algunas provincias orientales, como Armenia, Capadocia y casi toda la isla de Gran Bretaña, pero fracasaron en Europa central, donde las legiones romanas tuvieron que detenerse. Sólo el emperador Trajano, el año 105 d. C., rebasó estas fronteras incorporando la Dacia, territorio que casi coincide con la actual Rumania, y dando al imperio su máxima extensión.

De esta forma, quedó establecido el territorio casi definitivo del imperio romano, que comprendía, en sentido extenso, todos los territorios que baña el Mediterráneo (al que los romanos llamaban "Mare Nostrum", Nuestro Mar), además de gran parte de Mesopotamia, las regiones centrales de Europa y parte de Gran Bretaña. Este inmenso territorio estaba rodeado por desiertos (al sur y al este) y por el Océano (al norte), y en el interior de Europa estaba protegido por dos ríos, el Rin y el Danubio, que servían de fronteras naturales; pero al otro lado de estos ríos había pueblos bárbaros que querían entrar en el imperio y por eso Roma decidió hacer una frontera fortificada en esta zona, defendida por varias legiones, con muros, empalizadas y torres de vigilancia. Para asegurar la llegada de las tropas a los lugares donde hubiera más peligro los romanos construyeron muchos kilómetros de calzadas y puentes.



4. 3. La romanización.

El imperio romano ha sido el que más tiempo ha durado, más de mil años, un periodo muy largo gracias a que Roma consiguió tener con las provincias una relación de paz.

Los primeros en ser conquistados, los latinos, eran comunidades hermanas de Roma, con una cultura semejante, y Roma prefirió acogerlos como aliados o socios a mantener la enemistad. Las ciudades latinas eran libres y sus habitantes podían convertirse en ciudadanos romanos. En cuanto a las ciudades conquistadas, las que se rindieron sin gran resistencia no pagaban impuestos, conservaban su gobierno pero Roma decidía sus relaciones con otras ciudades, y les exigía hombres para su ejército.

A las ciudades que habían resistido el poder de Roma, ésta les ponía peores condiciones, sobre todo el pago de impuestos y las que habían sido enemigas encarnizadas, como Cartago, eran arrasadas y sus habitantes matados o vendidos como esclavos. En las tierras confiscadas se fundaban colonias, donde se instalaban para vivir ciudadanos romanos, sobre todo veteranos del ejército; estas colonias aparecían a los ojos de los pueblos vencidos como lugares donde se podía disfrutar de la forma de vida de los romanos, en especial de la justicia, que proporcionaban los funcionarios y las leyes romanas.



Pero hasta las zonas que más habían resistido a la conquista acabaron aceptando las leyes y formas de vida de los romanos y tomándolas como modelo. Era tal su prestigio que hasta en las zonas más bárbaras surgían ciudades que imitaban a la capital. Todo el territorio romano quedó salpicado de ciudades unidas a su vez por una densa red de calzadas y caminos; también había pueblos y viviendas rurales (las villas), pero las gentes que vivían en el campo acudían con

frecuencia a la ciudad y vivían según sus costumbres. Las familias más importantes, participaban en el gobierno de su ciudad y sufragaban obras públicas (acueductos, teatros, circos...) y juegos que disfrutaban todos los habitantes. Además las ciudades tenían sus propias leyes y magistrados que administraban justicia y todos apreciaban la ventaja de vivir bajo la "pax romana".

Roma impuso también gustos refinados en todos los objetos de la vida corriente, los habitantes del imperio los compraban, de modo que el comercio y el uso de la moneda crecieron. Ser romano significaba también hablar en latín, conocer algunas obras de la literatura latina y rendir culto a los dioses romanos, sobre todo al emperador divinizado, al que estaba dedicado el templo principal en las ciudades del imperio.

Con el tiempo Roma premiaba la fidelidad de algunas ciudades concediendo a sus habitantes la ciudadanía romana y convirtiéndolas así en colonias, con los mismos derechos que la capital del imperio.



Las provincias de Hispania estaban muy romanizadas, pero no de forma homogénea. Las regiones donde vivieron los íberos, las más civilizadas, asimilaron muy pronto las formas de vida romanas y en el valle del Guadalquivir y la costa del Mediterráneo había muchas ciudades, calzadas y comercio con todo el Imperio; también estaba muy romanizado y poblado el valle del Ebro, una región muy rica en la que Roma fundó importantes colonias (Caesear Augusta, hoy Zaragoza). En la Meseta la presencia romana era más débil, pero aun así muy importante; solo la cornisa cantábrica permaneció prácticamente sin romanizar y con formas de vida semejantes a la Edad del Hierro.

4. 4. La economía del imperio.

Roma se dedicó sistemáticamente a explotar las riquezas de los territorios conquistados. Era dueña de muchas minas y grandes propiedades agrarias donde trabajaban auténticos ejércitos de esclavos, así obtenía metales y alimentos, en su mayoría destinados a repartos gratuitos entre los pobres de la capital. Muchos ciudadanos romanos eran también propietarios de grandes extensiones de tierras y se enriquecieron mucho gracias a ellas.

Para sus conquistas, el ejército romano había construido muchas calzadas y puertos y además había reducido mucho el número de piratas que asaltaban a los barcos en el Mediterráneo, lo que facilitó mucho el comercio. También favoreció mucho el comercio la existencia de un único sistema monetario: en todo el imperio sólo circulaba moneda romana, sobre todo la de plata, llamada denario. Los territorios orientales, como sucedía desde siglos atrás, vendían a la capital y a los territorios occidentales cerámicas de lujo, seda, obras de arte, perfumes, etc., mientras que éstos últimos sólo enviaban a oriente alimentos, en especial trigo y aceite, metales preciosos y ganado.

5. La cultura y el arte romanos.

5. 1. La literatura y la historia.

Debemos a los romanos muchas obras escritas que sirvieron de modelo para los ensayos y la literatura de los siglos posteriores.

Desde sus orígenes los romanos se esforzaban en recordar los sucesos importantes de la ciudad, que registraban en los Anales; siguiendo esta misma tradición autores como Tito Livio o Tácito, ambos del siglo I de nuestra era, escribieron obras en las que relataban y comentaban la historia de Roma.

La literatura latina fundó los géneros que existen actualmente. Han llegado a nosotros poesías de tema amoroso (Ovidio escribió "Ars Amandi", El Arte de Amar), pastoral o mitológico (Virgilio compuso La Eneida, que recoge uno de los mitos acerca del origen de Roma y Ovidio escribió "Las Metamorfosis"). También fue muy importante la narrativa, con ejemplos de cuentos como "El Asno de Oro", de Apuleyo. Había obras de teatro trágicas, pero destacan las obras cómicas, como las de Plauto, con argumentos ingeniosos y llenos de peripecias.

5.2. El arte romano.

5.2.1. La arquitectura y la ingeniería.



Las ciudades romanas cumplían muchas funciones y para cubrirlas los arquitectos e ingenieros crearon distintos tipos de construcciones, cada uno diseñado según su función: acueductos para abastecer las ciudades de agua limpia y cloacas para evacuar el agua sucia; termas o baños públicos; calzadas y puentes para comunicar unas ciudades con otras; en el foro, basílicas para los juicios e intercambios comerciales y templos para dar culto a los dioses; para los espectáculos, diseñaron circos, teatros y anfiteatros;



y para conmemorar las victorias y ensalzar a los generales, levantaron arcos y columnas triunfales.



La vivienda más habitual era la domus, una casa de una o dos plantas donde vivía una sola familia, con las habitaciones abiertas en torno a un patio. En Roma y otras ciudades muy pobladas había ínsulas, edificios de viviendas de varias plantas. Las villas eran viviendas lujosas en el campo, en medio de explotaciones agrarias.

Los arquitectos e ingenieros usaban muchos tipos de materiales: piedra, ladrillo y sobre todo hormigón, que se hacía mezclando pequeñas piedras y trozos de ladrillo con arena volcánica, cal y agua. El hormigón permitía hacer formas curvas. Normalmente combinaban estos materiales para hacer estructuras resistentes. Los materiales pobres a la vista, sino que los cubrían con mármol o con yeso y pintura.

Algunos edificios (templos, basílicas...) tenían techo plano cubierto por un tejado a dos aguas con un frontón. Los más grandiosos se cubrían con bóvedas de cañón y cúpulas de hormigón.

Utilizaban el arco de medio punto y columnas de todos los órdenes, pero la más frecuente es la columna corintia, con hojas de acanto.

5.2.2. La escultura.

Para los romanos era muy importante recordar su historia y por eso hacían relieves históricos, que son minuciosos y están llenos de detalles que permiten conocer, por ejemplo, los uniformes o las armas del ejército.

También desarrollaron mucho el retrato. Los retratos



suelen ser muy realistas, y el personaje retratado aparece con los rasgos, incluso los defectos, que permitían reconocerlo. Desde el siglo I d. C., por influencia de la escultura griega, las personas retratadas aparecían embellecidas, pero eran siempre reconocibles.



Los sarcófagos estaban decorados con relieves donde suelen aparecer retratos de los difuntos y también escenas relativas a los mitos de Baco o de Orfeo, que se referían a la resurrección.

5.2.3. La pintura y el mosaico.

Las paredes de las viviendas acomodadas y de todos los edificios públicos estaban cubiertas de pinturas. La mayoría de las pinturas simulaba decoraciones o columnas de mármol o bronce e incluso arquitecturas que hacían creer que en lugar de una pared había un jardín o una prolongación del edificio. También había escenas con figuras, de temas mitológicos, históricos, literarios o simples escenas cotidianas.



Los suelos estaba cubiertos de mosaicos, formados por pequeños cubos de mármol, llamados teselas, que se combinan formando diseños geométricos o escenas.



5. 3. Las religiones romanas.

5.3.1 El paganismo, la religión de los antepasados.

Los antiguos romanos eran politeístas: daban culto a muchos dioses. Creían que el mundo estaba lleno de númenes, dioses que protegían todas las acciones y cosas de la vida: el inicio de un viaje, el nacimiento de un niño, la comida, la guerra... Para que estas actividades tuvieran buen resultado y que los númenes fueran favorables era necesario hacer determinados ritos, como pronunciar ciertas palabras o hacer gestos concretos. Los númenes más importantes eran los domésticos: los lares, protectores de la familia, cuyas imágenes se guardaban en un pequeño armario en el atrio de la casa, los manes, genios de los antepasados, y los penates, que protegían la vivienda y la despensa.





Los romanos también rendían culto a muchos dioses con aspecto humano, que continuamente intervenían en la vida de los hombres. Entre éstos, los más importantes eran los que formaban la Triada Capitolina: Júpiter, Juno y Minerva. Además, Roma aceptó de buen grado a todos los dioses de los pueblos que conquistó, en especial los de Grecia, que los romanos adaptaron a los suyos propios,

renombrándolos.

Ya en la época del imperio tuvieron gran difusión las religiones mistericas, que daban culto a dioses como Isis, Mitra, Baco o Cibeles. Sus mitos hablaban de una vida tras la muerte, algo que preocupaba a muchos romanos y de lo que no se ocupaba la religión tradicional. Para conseguir esa otra vida y participar en el culto a estos dioses era necesario estar iniciado, es decir, pasar una serie de pruebas secretas. Los fieles solían ser gentes humildes, que no encontraban consuelo en la religión oficial de Roma, y en sus ceremonias se entusiasmaban y conmovían mucho.



5.3.2. El cristianismo.

Las religiones que hemos estudiado hasta ahora son politeístas; la única religión monoteísta que existía en la Antigüedad era la de los judíos, que vivían en la provincia romana de Palestina. Los judíos tenían la esperanza de que su Dios les enviara un Mesías, que muchos imaginaban como un rey que los convertiría en un pueblo libre.

En el siglo I apareció entre los judíos un maestro llamado Jesús, al que sus seguidores llamaban Cristo (Mesías en griego). Jesús predicaba una doctrina que se separaba de las tradiciones judías, sobre todo del formalismo religioso, las autoridades judías no lo admitieron y solicitaron al gobernador romano que lo matara.

A la muerte de Jesús, sus seguidores difundieron la noticia de que había resucitado. Estos primeros cristianos pensaban que el mensaje de Jesús era sólo para los judíos, y que no debían comunicarlo gentiles, los que no eran judíos. Pero un judío de cultura griega, Pablo de Tarso, se convirtió al cristianismo y, lo predicó por gran parte del imperio romano y en la propia capital, Roma.



Los primeros cristianos formaron una comunidad que llamaron Iglesia (de Ekklesia, asamblea en griego), asamblea. Estos primeros cristianos creían que el fin del mundo era inminente, y que entonces Cristo regresaría a instaurar el Reino de Dios sobre la Tierra de forma inminente y despreciaban el poder de Roma. Las autoridades romanas, aunque estaban acostumbrados a cultos muy extravagantes, no podían tolerar el que los cristianos

vivieran al margen de las costumbres y la ley y en especial que se negaran a rendir culto al emperador. Esto motivó que algunos emperadores, durante los tres primeros siglos de nuestra Era, decretaran cruentas persecuciones.

Sin embargo, el cristianismo se difundió de forma imparable porque daba respuesta a las inquietudes de los habitantes del imperio y, aunque había nacido como la religión de los humildes, tuvo gran éxito entre las clases altas y cultas de las ciudades.

6. La crisis del imperio romano.

6.1. La decadencia de las ciudades.

Hacia el siglo III comienza la crisis del imperio romano. Una crisis es un cambio, y en todo cambio se mantienen cosas antiguas, ya deterioradas, mientras aún no han madurado las nuevas, lo que crea situaciones complicadas. Esto fue lo que sucedió en el imperio romano en el siglo III: la política, la cultura y la economía comenzaron a descomponerse mientras iban apareciendo una política, una cultura y una economía nuevas.

La base del imperio romano era la ciudad, donde había leyes, magistrados, espectáculos, comercio, y muchas comodidades. En el siglo III todas estas cosas fueron desapareciendo.

Los pueblos bárbaros presionaban cada vez más en las fronteras; los que estaban más cerca del imperio querían entrar en él y pertenecer al mundo romano, pero los más alejados, que también eran más primitivos y violentos, querían instalarse por la fuerza e incluso saquear las ciudades. Para defender las fronteras fue necesario reforzar el ejército y, para ello, subir los impuestos. Los generales romanos adquirieron un gran protagonismo y poder.



En el siglo III el ejército era el que realmente mandaba en Roma, imponiendo a sus generales como emperadores. Entre los años 235 y 305 estos generales se suplantaban unos a otros muy rápidamente, en lo que se conoce como anarquía militar. La figura del emperador perdió dignidad y, con ella, también sus funcionarios y la propia civilización romana.

El culto al emperador había sido una forma de que muchas provincias aceptaran la autoridad de Roma, pero, al igual que la religión oficial romana, retrocedió mucho con la difusión de las religiones místicas y la aparición del cristianismo.

En las provincias occidentales, los ciudadanos más ricos preferían pasar más tiempo en sus villas en el campo, donde no les podían encontrar los recaudadores de impuestos, y ya no se interesaban por participar en la vida política de sus ciudades, sino que preferían la vida privada.

También hubo una crisis económica que afectó mucho a la zona occidental del imperio, donde se encuentra Roma; estas regiones compraban muchas cosas a las ciudades orientales del Imperio y cada vez tenían menos monedas. Los emperadores seguían haciendo monedas nuevas, pero eran de peor calidad porque casi no había metales preciosos y estaban mezcladas con otros metales, y esto hacía desconfiar a la gente.

6.2. La ruralización.

Entre los siglos III y IV las ciudades se fueron vaciando lentamente y la vida se trasladó al campo. Las primeras en marcharse fueron las familias más ricas, que ocuparon sus villas rurales como residencias definitivas y dedicaron sus tierras a producir todo lo que era necesario para vivir, de manera que no tuvieran que comprar nada en la ciudad. Para trabajar las tierras y atenderlas, estas familias tenían muchos esclavos, pero los amos les comenzaron a tratarlos con más humanidad, cediéndoles pequeñas parcelas donde podían vivir con su familia y tener una pequeña huerta.



En los siglos III y IV las ciudades eran cada vez menos atractivas y más inseguras; con frecuencia los bárbaros llegaban hasta ellas y las saqueaban. Las familias más humildes también se marcharon al campo: se ponían bajo la protección de los propietarios más ricos y cambio se comprometían a aceptar su autoridad. Los señores de las villas se convirtieron en jefes de grupos de personas cada vez más numerosos, tenían incluso pequeños ejércitos y se fueron convirtiendo en autoridades efectivas, aunque no tuvieran el reconocimiento de Roma.

6.3. Los intentos de reforma en el siglo IV.

A finales del siglo III y durante el siglo IV algunos emperadores intentaron detener la crisis. Diocleciano dividió el imperio en cuatro partes, para que pudiera administrarse mejor. La reforma fracasó por los enfrentamientos entre los gobernadores de las cuatro partes del imperio, pero Constantino lo reunificó y emprendió otra reforma en la que imponía la centralización del imperio, de modo que ni el Senado ni las antiguas magistraturas tenían ningún poder y el gobierno solo lo ejercían personas elegidas por el emperador.



Constantino publicó también una ley, el Edicto de Milán, por el que autorizaba la religión cristiana, pero fue Teodosio, en el año 391 el que la convirtió en religión oficial. Gracias a la organización y el prestigio de la Iglesia la administración romana se recuperó, pero los problemas económicos continuaban y Roma había perdido todas sus señas de identidad. A la muerte de Teodosio el imperio se divide entre sus hijos Arcadio, que recibe Oriente y Honorio, que heredó Occidente.

7. Las invasiones germánicas.

7.1. Los pueblos bárbaros.

Más allá del limes del imperio se extendían los territorios donde vivían los pueblos bárbaros. Entre ellos había un grupo, los germánicos, que se habían enfrentado con Roma en muchas ocasiones y que vivían próximos a la frontera, amenazando en ocasiones la paz del imperio. Aunque se considerasen

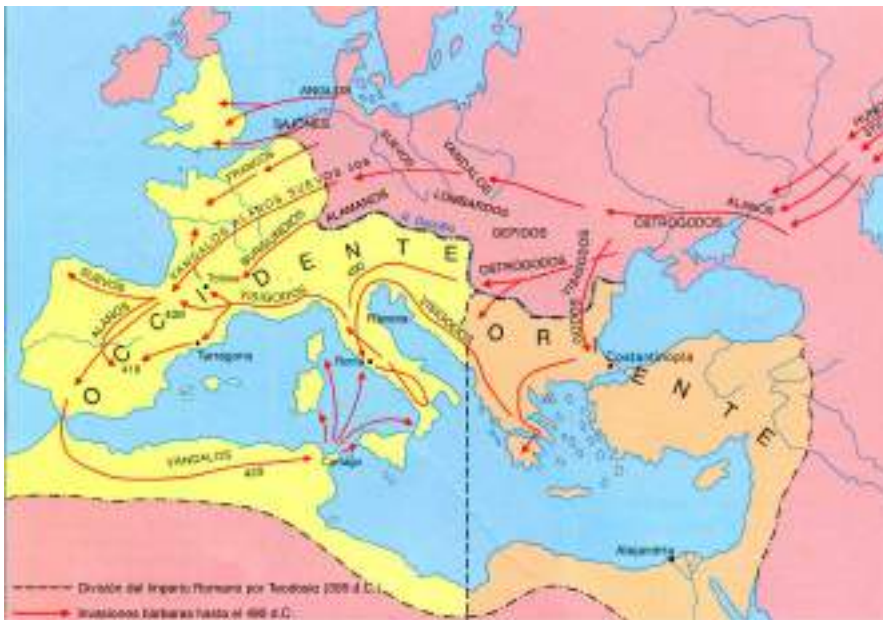
sus enemigos, reconocían el prestigio de Roma, ya que comprendían que ésta proporcionaba una vida más culta y, en cierto modo, superior. Los germánicos querían asentarse en las tierras próximas al Mediterráneo y vivir en las ciudades del imperio, es decir, querían formar parte del mundo romano.

Para conseguirlo, algunos germánicos se alistaban en el ejército romano, y pronto comenzaron a hacerlo tribus enteras, conservando su forma de combatir y sin integrarse en las legiones. Roma no tenía más remedio que tolerarlo, porque aún más que a los germánicos temía a los pueblos que llegaban de las zonas orientales, en especial a los vándalos. De este modo los emperadores llegaron incluso a aceptar a las tribus germánicas como federadas, y les encargaba luchar contra las tribus más peligrosas a cambio de tierras en las que les dejaban asentarse. Así los germánicos fueron entrando poco a poco en el imperio.

7.2. La ruptura de las fronteras.

Esta lenta entrada de pueblos bárbaros en el imperio romano se aceleró de repente en torno al año 450. Desde oriente, junto a las fronteras del imperio Chino, partieron hacia occidente los hunos, un

pueblo nómada, que vivía de la ganadería y que se había propuesto asentarse en territorio romano. Su jefe, Atila, era un poderoso guerrero, pero a su manera admiraba la cultura clásica y se hacía acompañar de consejeros griegos y latinos. Al acercarse a las fronteras del imperio empujaron a los pueblos germánicos, que hasta entonces las legiones habían mantenido al otro lado de las fronteras y germánicos y hunos irrumpieron en el imperio. El año 476 los ostrogodos, un pueblo



germánico, destituyen al último emperador y termina el Imperio Romano.

TEMA 2. IMPERIO BIZANTINO.

El año 395 murió el emperador romano Teodosio y el imperio romano se dividió entre sus dos hijos: Honorio, que se quedó con la zona occidental del Imperio y Arcadio, que se quedó con las regiones orientales.

El Imperio Romano de Oriente era mucho más rico que el de occidente, sus ciudades estaban más pobladas y las formas de vida romanas se mantenían casi intactas; en cambio el Imperio de Occidente estaba en crisis, el comercio y la vida en las ciudades había decaído, mucha gente se había ido a vivir al campo y la civilización romana estaba desapareciendo.

Por eso, a partir de la división de Teodosio, el Imperio Romano de Occidente y el Imperio Romano de Oriente evolucionaron de forma separada. En esas fechas, los bárbaros presionaban cada vez más sobre las fronteras de los dos territorios, especialmente sobre las de la zona oriental, pero los romanos de esas regiones fueron capaces de rechazarlos y desviarlos hacia las zonas occidentales, donde, a lo largo del siglo V, acabaron por penetrar e instalarse.

El año 476 los bárbaros destronaron al último emperador del Imperio Romano de Occidente y este desapareció. En cambio el Imperio Romano de Oriente permaneció y su historia se prolongó prácticamente mil años más, hasta el año 1453. Sin embargo, cada vez se fue diferenciando más del antiguo Imperio Romano, y por eso a partir del siglo VII cambió su nombre y se empezó a denominar Imperio Bizantino.



1. Localización del Imperio Bizantino.

Al principio de su historia, el Imperio Romano de Oriente o Imperio Bizantino ocupaba la mitad oriental del antiguo Imperio Romano, pero a lo largo de su historia sus fronteras cambiaron. El emperador Justiniano, en el siglo VI, conquistó territorios en la zona occidental del Mediterráneo (el norte de Italia, la costa norte de África y el SE de España) y el imperio creció. Pero a partir de esa fecha fue perdiendo territorios progresivamente, arrebatados por los musulmanes o los turcos, los caballeros cruzados o los turcos.

La capital del imperio estaba en la ciudad de Constantinopla o Bizancio, en el estrecho del Bósforo, que comunica el mar mediterráneo con el Mar de Mármara y con el Mar Negro. Bizancio fue en origen una colonia griega que luego, como todas las ciudades de esa región, fue ocupada por los romanos. Durante época romana tuvo muy poca importancia, pero el emperador romano Constantino, año 330 IV d.C.,



decidió adoptarla como nueva capital de su imperio; le cambio el nombre de Bizancio por el nombre de Constantinopolis o Constantinopla que quiere decir "la ciudad de Constantino".

Constantino hizo de la antigua colonia una gran capital: construyó murallas, acueductos, un palacio y un enorme hipódromo. Por Constantinopla pasaban las rutas de comercio

que unían el Mediterráneo con Persia, China y la India, por las que llegaban productos muy apreciados y caros; la ciudad creció rápidamente y se convirtió en el centro económico y cultural más importante del Mediterráneo Oriental.

2. Panorama general de la historia del imperio bizantino:

La historia del Imperio Romano de Oriente o Imperio Bizantino es muy larga: se extiende desde la división del Imperio Romano, el año 395, hasta el año 1453, fecha en la que los turcos conquistaron la capital, Constantinopla.

2.1. La época de Justiniano.

En el siglo VI, entre los años 527 y 565 reinó en el Imperio de Oriente Justiniano, uno de los emperadores más importantes. Justiniano intentó reconstruir el antiguo Imperio Romano, que había sido dueño de todo el Mar Mediterráneo, y en parte lo logró. Su ejército conquistó una zona del norte de África, de donde expulsó a los vándalos, gran parte de Italia, y un pequeño territorio en la península Ibérica, en la costa sur oriental. Fue en Italia, especialmente en el norte, en torno a la ciudad de Rávena, donde el dominio de los romanos orientales fue más sólido y se mantuvo más tiempo; el resto de los territorios se perdió poco después de la muerte de Justiniano.

Justiniano reformó la administración. Mandó revisar todas las leyes del derecho romano, las sistematizó y las reunió en un solo Código; además mandó redactar las Novelas, o leyes nuevas, que se

ocupaban de casos que no estaban contemplados en el viejo derecho romano. Los reyes bárbaros contemporáneos y posteriores a Justiniano utilizaron su Código* y las Novelas para hacer sus propias leyes y por eso el Código de Justiniano fue la fuente de todo el derecho medieval.



Siguiendo el ejemplo de los antiguos emperadores romanos, Justiniano mandó construir grandes obras de ingeniería y, sobre todo, magníficas iglesias, como la de San Vital, en Rávena (Italia) o la de Santa Sofía, en Constantinopla.

Sin embargo, los ciudadanos de Constantinopla no estaban satisfechos con el gobierno de Justiniano, porque bajo su mandato aumentaron los impuestos; el descontento estalló en una violenta revuelta que tuvo lugar en el hipódromo el año 532. Justiniano logró sofocar la revuelta en la que murieron miles de personas, y como consecuencia reforzó su poder y su autoridad.



2. 2. El retroceso frente a los musulmanes y los eslavos.

A partir del siglo VII el Imperio de Oriente tuvo que hacer frente a la amenaza de otros pueblos. No solo perdió los territorios que había anexionado Justiniano, sino que además perdió muchas regiones que había heredado del antiguo Imperio Romano.

Los primeros en atacar el Imperio de Oriente fueron los musulmanes.

Los musulmanes eran los seguidores de una nueva religión, el Islam, que apareció a principios del siglo VII en Arabia, una región muy próxima a las fronteras del Imperio Bizantino, predicado por su profeta Mahoma. Los seguidores de esta nueva religión formaron una comunidad y un nuevo estado, el califato, empeñado desde su origen en difundir el Islam.

Antes del año 650 los musulmanes conquistaron la mitad sur del Imperio de Oriente: Palestina, Siria y Egipto. Además, los musulmanes conquistaron el imperio persa y la nueva religión se extendió hacia oriente.

A finales del siglo VII llegaron a Europa Oriental otros pueblos: los eslavos. Se instalaron en la península de los Balcanes, se convirtieron al cristianismo y aceptaron la autoridad del emperador de



Oriente, como vasallos del Imperio. Pero poco a poco presionaron sobre las fronteras y terminaron por ocupar el valle del Danubio, haciendo retroceder a los romanos orientales.

Rodeados por los eslavos y por los musulmanes, los romanos orientales quedaron aislados del resto del Mediterráneo, en especial de los reinos cristianos que se habían formado donde antes estuvo el Imperio Romano de Occidente. El griego fue desplazando al latín como lengua oficial y la defensa de la religión cristiana se convirtió en uno de los principios del imperio. Los emperadores estaban cada vez más unidos a la iglesia y la

autoridad religiosa y la autoridad política se confundían y reforzaban mutuamente. A partir de esta fecha dejó de utilizarse el término "romano" para referirse al Imperio de Oriente y se comenzó a llamar "griego" o "bizantino".

2.3. La crisis iconoclasta.

La religión era fundamental en la cultura bizantina. Al principio de su historia los ciudadanos del Imperio había participado en los debates religiosos que eran tan frecuentes en la época, y en las ciudades del Imperio se habían celebrado importantes concilios*, reuniones de obispos para resolver conflictos entre las distintas corrientes religiosas que había dentro de la Iglesia.

Al principio de su historia, la Iglesia evitaba hacer representaciones de las personas sagradas, es decir, de Cristo, la Virgen María y, sobre todo, de Dios, porque estaba prohibido en la Biblia y porque pensaba que eran personas demasiado importantes como para ser representadas con forma humana.

Pero poco a poco las imágenes de Cristo, de la Virgen y, sobre todo, de los santos, se hicieron más y más populares. Estas imágenes se suelen denominar iconos*. Para los fieles era muy importante tener delante una imagen a la que poder rezar y hacer culto; era una forma de acercar a las personas divinas y santas a su vida corriente.

A principios del siglo VII, los bizantinos veían como su Imperio estaba cada vez más amenazado y que una religión nueva, el Islam, ganaba terreno. Algunos clérigos* interpretaron que habían perdido el favor divino por culpa del culto a las imágenes y aconsejaron al emperador que evitara esa forma de culto. El emperador León III comenzó retirando una imagen de Cristo que había en la basílica de Santa Sofía y terminó por prohibir el culto a las imágenes. Con el tiempo, el rechazo a las imágenes se hizo más y más radical y León III y sus sucesores mandaron incluso destruir las imágenes que ya existían: son los emperadores iconoclastas*, es decir, destructores de iconos o imágenes.

Estalló un conflicto entre los defensores y los destructores de imágenes que duró más de cien años. Al final, el año 843, la emperatriz Irene restituyó el culto a los iconos.



2.4. El Cisma de Oriente.

El asunto de las imágenes separó aun más al Imperio bizantino de los reinos de Europa occidental. Para los obispos occidentales era un asunto sin importancia, tanto si defendían como si destruían las imágenes; para ellos lo importante era la palabra de Dios, el contenido de la Biblia, no las imágenes. La iglesia de occidente y la iglesia bizantina comenzaron a evolucionar de manera diferente, con formas de culto y de hacer la misa también distintas.

Además estaba en juego el poder dentro de la Iglesia. En los primeros años del siglo XI el obispo



de Roma había conseguido convertirse en el más importante de Europa occidental y los demás obispos aceptaban su autoridad y le llamaban Papa, padre.

El emperador de Bizancio también aceptaba su poder porque necesitaba llevarse bien con los reinos occidentales para poder contar con su ayuda contra sus vecinos.

Sin embargo, el obispo o patriarca de Constantinopla, Focio, se negó a aceptar la autoridad del Papa de Roma y este le excomulgó*, es decir, lo expulsó de la comunidad de los cristianos y le negó el derecho a recibir la comunión; Focio no aceptó ese castigo y a excomulgó a su vez a los enviados del Papa. A partir de entonces, el año 1051, la Iglesia de Oriente tomó el nombre de "Ortodoxa", que quiere decir "que tiene la idea correcta", y siguió su propio camino separada de la Iglesia de Occidente o Latina.

2.5. La decadencia y el fin del Imperio.

A partir del siglo XI el imperio bizantino atravesó dificultades cada vez mayores:

- A sus antiguos enemigos se unieron los turcos, un pueblo procedente del interior de Asia que se había convertido al Islam. La presencia de los turcos en las fronteras del imperio bizantino hacía mucho más difícil el comercio con oriente, que tanta riqueza proporcionaba a los bizantinos, y la economía decayó.



- También en el siglo XI comenzaron las Cruzadas. Estas guerras las iniciaron los reinos occidentales para recuperar Tierra Santa, la región en la que había vivido y muerto Cristo y en la que estaban los lugares de peregrinación más importantes para los cristianos, y que entonces estaba bajo dominio musulmán. Los caballeros cruzados, encabezados por nobles e incluso reyes, también luchaban por conseguir señoríos y ambicionaban las riquezas de oriente. La Cuarta Cruzada (1202- 1204) se dirigió contra la propia Constantinopla, la saqueó y arrasó.
- Desde mediados del siglo XIII, los turcos otomanos, penetraron en Asia Menor y la fueron conquistando progresivamente, reduciendo así el territorio del Imperio a la zona de los Balcanes. El año 1453, tras un largo asedio, los turcos tomaron la capital, Constantinopla, a la que llamaron Estambul, y el imperio bizantino se derrumbó definitivamente.

3. El arte bizantino.

El arte bizantino heredó muchas características del arte romano pero evolucionó con características distintas e influyó mucho en el arte románico de Europa occidental.

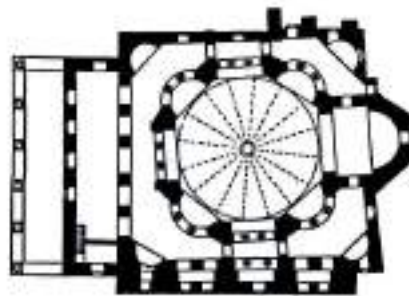
- Es un arte esencialmente religioso.
- Predomina la arquitectura; la escultura prácticamente desapareció y las artes del color (mosaicos e iconos) estaban en función del edificio.

3.1. La arquitectura bizantina.

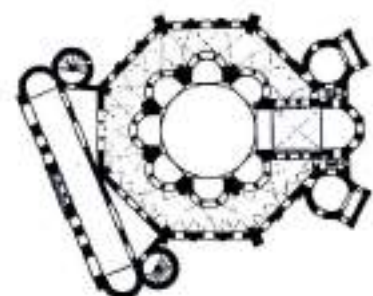
La arquitectura bizantina deriva en gran medida de la romana; utilizó la obra de sillar, el ladrillo y el hormigón y mantuvo la tradición romana de hacer obras de ingeniería, como cisternas, acueductos, construcciones portuarias y murallas, así como construcciones públicas.

Sin embargo, las construcciones bizantinas más importantes son religiosas, en las que los bizantinos practicaron soluciones realmente innovadoras.

- La planta más característica de las iglesias bizantinas es central: tiene forma circular, cuadrada, poligonal o de cruz griega (de brazos iguales).



Sergio y Baco (Constantinopla, siglo VI).



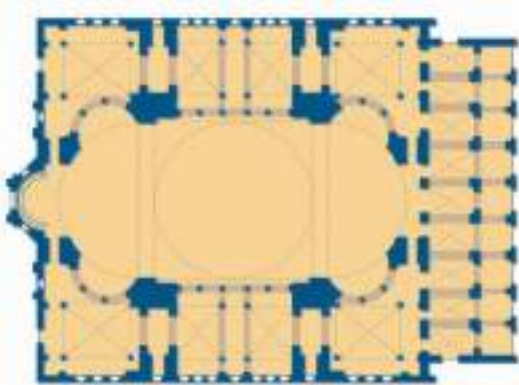
San Vital (Ravena, siglo VII).

- Este tipo de planta está cubierto por una o varias cúpulas que subrayan su carácter central. Las cúpulas bizantinas son semiesféricas y están hechas de materiales ligeros.
- Utilizan arcos de medio punto soportados por columnas. Los capiteles son corintios, con un modelado esquematizado y una superficie minuciosamente tallada. Las superficies son lisas, adecuadas a la decoración de mosaicos y pinturas.
- El exterior de los edificios es austero y no oculta la humildad de los materiales ni pretende una forma armoniosa. En cambio, el interior es espléndido: las paredes y la cúpula están cubiertas de mosaicos; los fustes de las columnas, el suelo y los zócalos son de mármol pulido; todo contribuye a crear el efecto de un espacio supraterrrenal, la imagen misma del Cielo.

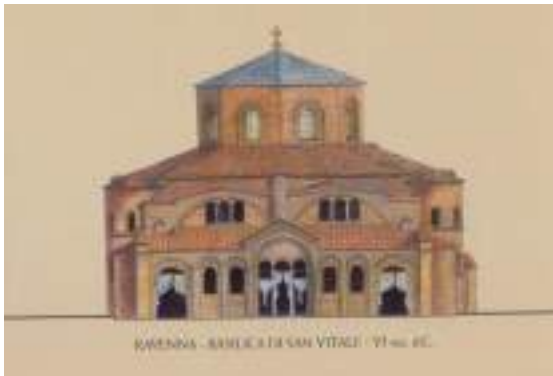


3.1.1. Principales edificios:

- Durante el reinado de Justiniano (527- 565) se construyó en Bizancio la basílica de Santa Sofía; está consagrada a la Sabiduría de Cristo o Santa Sabiduría. La diseñaron los arquitectos Antemio de Tralles e Isidoro de Mileto. El año 558, a causa de un terremoto, la cúpula se hundió y fue reconstruida de nuevo por Isidoro el Joven, hijo de uno de los primeros arquitectos, con 56 metros de altura y un sistema más resistente. Cuando el año 1453 los turcos conquistaron Constantinopla la convirtieron en mezquita, cubrieron buena parte de los mosaicos y levantaron cuatro alminares



alrededor del edificio. Santa Sofía tiene planta basilical, pero tiene casi forma cuadrada. El espacio de la nave central está cubierto por una enorme cúpula construida con un tipo de ladrillo muy esponjoso y ligero y se apoya en semicúpulas. Este sistema deja prácticamente libres los muros, y el interior parece un enorme espacio abierto, una auténtica imagen del Cielo, todo un símbolo del poder de Cristo en la Tierra y de su representante, el emperador.



- La iglesia de San Vital de Rávena, en Italia. Es una construcción de planta octogonal con una nave que rodea el espacio central o deambulatorio y un piso alto o tribuna.

3.2. Las artes figurativas.

- La escultura monumental y las grandes estatuas desaparecieron casi por completo; a cambio, se realizaron obras de marfil y suntuarias (tejidos, orfebrería, repujado) y, sobre todo, mosaicos.
- Los mosaicos bizantinos están realizados con teselas de vidrio coloreado o cubierto con pan de oro; a veces tiene fragmentos de piedras semipreciosas, e incluso cubos de oro y de plata. Estas imágenes no pretendían crear la ilusión de profundidad ni reproducir la naturalidad o la belleza ideal. Expresan el carácter trascendente de las personas sagradas, la categoría del emperador, representante de Cristo en la Tierra y la solemnidad de las liturgias religiosas y de las ceremonias políticas. Las figuras aparecen sobre fondos planos, con frecuencia dorados,

significando un tiempo y espacio eternos, y tienen un gesto hierático, son frontales, y forman rígidas composiciones en friso o simétricas. En la iglesia de San Vital de Rávena están los mosaicos más importantes del arte bizantino. Dos de ellos representan al emperador Justiniano y a su esposa Teodora participando simbólicamente en la ceremonia de la misa: el emperador lleva el pan y la emperatriz el vino de la consagración.



- Tras la crisis de los iconoclastas volvieron a realizarse mosaicos e iconos, imágenes sobre tabla, pero distintos a los anteriores. Representan a Cristo, la Virgen y los santos de una forma muy codificada, siguiendo normas muy rígidas según su significado, con iconografías precisas que permanecieron inalteradas durante siglos y pasaron al arte occidental: la Virgen que aparece como madre de Dios o Theotokos está sentada, con el Niño bendiciendo en su regazo, como Intercesora se dirige al Niño y el Cristo apocalíptico o Pantocrátor es severo, distante y lleva el libro de la Ley. Se codifican también los episodios más importantes, que siempre se representan del mismo modo: Cristo descendiendo a los infiernos, la Redención, o Cristo crucificado entre la Virgen y San Juan, Deesis.



TEMA 3. LOS REINOS BÁRBAROS.

1. El origen de los reinos bárbaros.

1.1. Los bárbaros en la frontera romana.

Los romanos llamaban bárbaros a todos los pueblos extranjeros, pero sobre todo a aquellos que desconocían la vida urbana y no estaban civilizados. Desde el siglo II d. C. algunos pueblos bárbaros adquirieron especial importancia para el Imperio Romano: eran los que vivían más allá del limes, la frontera de Europa, formada por los ríos Rin y Danubio y las tierras que quedan entre ellos.

Estos bárbaros procedían del Este de Europa, de las tierras que están al norte del Mar Negro y alrededor del mar Caspio. En su lugar de origen habían sido tribus nómadas, que se dedicaban al pastoreo de caballos y ovejas y al intercambio de productos como el ámbar y el cuero; eran muy belicosos, no conocían la escritura y se regían por sencillas leyes de derecho consuetudinario, es decir, leyes tradicionales. En cada tribu se distinguía un grupo de nobles o aristócratas, que eran señores de hombres libres y dueños de esclavos, que se reunían para elegir entre ellos a su jefe o rey y que de la misma manera lo destituían cuando consideraban que ya no era capaz de dirigirles en la guerra.

Lentamente, estos bárbaros se fueron acercando a las fronteras del imperio, buscando mejores tierras y la oportunidad de comerciar con las ciudades de la frontera; se instalaron al norte del Danubio y al este del Rin, donde estaba Germania, y por eso a todos estos pueblos de las fronteras se les llama, en general, "germánicos".

Los pueblos germánicos más próximos a los romanos eran los más civilizados: los francos, burgundios y sajones, al este del Rin, y los godos (ostrogodos y visigodos, los más civilizados de todos) al norte del Danubio. Convivían con los romanos a través de la frontera y poco a poco se fueron romanizando y civilizando. Los nobles guerreros incluso se alistaban en las legiones y ayudaban a Roma a defenderse de otros pueblos bárbaros, más peligrosos que ellos; a cambio, Roma les permitía ocupar algunas tierras en el interior del Imperio.

Así, los germánicos se hicieron sedentarios, aprendieron a cultivar la tierra, se habituaron a usar la moneda e incluso, pero de forma muy puntual, usaban la escritura. Los jefes comenzaron a comportarse como reyes y a imitar a los emperadores romanos, dictaban leyes, procuraban elevar su autoridad sobre los nobles guerreros e incluso dejaban el trono a sus hijos mayores. Para aumentar su prestigio, los reyes y sus nobles guerreros se convirtieron al cristianismo, la religión del imperio; pero no adoptaron el catolicismo, que era el cristianismo oficial, sino una versión o herejía del cristianismo, el arrianismo.

1.2. Los bárbaros al final del imperio romano.

En el siglo IV d. C. el Imperio Romano estaba muy débil y atravesaba una grave crisis. Para intentar salvarlo, el emperador Teodosio lo dividió en dos regiones, la occidental, donde estaba la capital, Roma, y la oriental, que era la región más próspera y rica, y nombró herederos de cada una a sus hijos, Honorio y Arcadio respectivamente. Los bárbaros aprovecharon la debilidad del Imperio para filtrarse por sus fronteras y buscar fortuna en el ejército y en la corte imperial; cuando veían la oportunidad, también aprovechaban para entrar de forma violenta en el territorio romano.

La zona oriental resistió con más facilidad, mientras que la zona occidental tuvo más dificultades para evitar la entrada de los bárbaros. A partir del año 400 los pueblos germánicos comenzaron a entrar en el imperio sin ninguna resistencia; algunos entraron por la fuerza, como fue el caso de los vándalos, los

suevos y los alanos, que el año 409 llegaron hasta la península Ibérica; otros en cambio entraron como aliados o federados, como fue el caso de los visigodos, que entraron precisamente para expulsar a estos pueblos y que a cambio consiguieron tierras en el sur de Francia donde se asentaron e instalaron un reino.

Mientras sucedía todo esto en el Imperio Romano, un pueblo bárbaro, el de los hunos, se acercaba cada vez más a sus fronteras. Los hunos eran un pueblo nómada, muy belicoso, que procedía de las estepas de Asia y que, en su avance, había ido empujando a los germánicos hacia el Imperio Romano. Su rey, Atila, amenazó Bizancio, la capital del Imperio de Oriente, y luego atacó la zona occidental, pero fue derrotado (año 451) y, tras su muerte, su reino se desintegró.

Sin embargo, uno de los ayudantes de Atila logró que su propio hijo fuera nombrado emperador con el nombre de Rómulo Augusto; para entonces el poder imperial era ya solo un título vacío. El año 476 el nuevo emperador fue destituido y definitivamente el Imperio Romano de Occidente se desintegró.

2. Los primeros reinos bárbaros.

2.1. La entrada de los bárbaros en el imperio.

Tras la caída del último emperador, la entrada de pueblos bárbaros se aceleró. Tribus enteras, dirigidas por sus nobles guerreros y sus jefes o reyes, entraron hasta el último rincón de lo que había sido el Imperio Romano de Occidente. Al principio, el movimiento de pueblos fue constante. Los suevos, vándalos y alanos, el año 409, fundaron distintos reinos en la península Ibérica, pero pronto, los visigodos expulsaron a los alanos y a los vándalos, que se trasladaron al norte de África; solo los suevos permanecieron en Galicia y el norte de Portugal, y no por mucho tiempo. Del mismo modo, los ostrogodos, con su rey Teodorico, fundaron un reino en el norte de Italia, y más tarde fueron expulsados de allí por los lombardos. Los sajones y los anglos, que en principio se habían instalado en Alemania, pasaron pronto a la isla de Gran Bretaña.

Finalmente, cien años después de la caída del imperio, los reinos más poderosos lograron asentarse y conservar su territorio por un tiempo considerable; los nombres de muchos países y regiones actuales de Europa proceden de estos pueblos que, más o menos, ocuparon estos territorios: los francos (Francia), los burgundios (Borgoña), lombardos (Lombardía), etc.

2.2. Los bárbaros ocupan el territorio romano.

Los invasores bárbaros, cuando ocupaban un territorio que había sido romano, se apoderaban de una parte de las tierras e imponían un tributo a la población que ya vivía en ese territorio. Los invasores bárbaros eran muy inferiores en número a las personas que ya vivían en el occidente de Europa, de origen romano, pero estas, que carecían de la protección del emperador, aceptaban el poder de los nuevos amos y algunas personas se ponían bajo la protección de los nobles, como antes hacían con los dueños de las villas y, en general, seguían viviendo como antes de las invasiones, con las mismas leyes, actividades económicas y la misma religión, el catolicismo. En realidad, tras las invasiones bárbaras, en todas las regiones de Europa occidental, los germánicos invasores y las personas de origen romano vivieron como pueblos diferentes, cada uno con su forma de vida y sin posibilidad de mezclarse porque había algo que los separaba de forma radical: la religión, católica en los romanos y arriana (si no pagana) en los germánicos.



Los reyes se esforzaron en destacar su autoridad entre los demás nobles, y también intentaron fundar dinastías, de manera que el título de rey pasase a sus herederos y dejase de ser electivo. Para compensar a los nobles, los reyes crearon consejos en los que podían participar en las decisiones y les

daba cargos en la corte, como si fueran funcionarios romanos. Pero los nobles no quedaron satisfechos y en todos estos reinos hubo continuos conflictos entre los reyes y sus nobles.

3. El reino visigodo de Toledo.

3.1. El origen del reino visigodo.

Uno de los reinos germánicos más importantes fue el reino visigodo. Durante el imperio romano, los godos habían vivido mucho tiempo cerca del imperio, al norte de la frontera del Danubio. Eran los más cultos y romanizados de los pueblos germánicos y, en los últimos años del Imperio, colaboraron con el emperador como pueblo federado; así, el año 409, cuando los suevos, vándalos y alanos invadieron la península Ibérica, el rey de los visigodos, Alarico, firmó un pacto con el emperador comprometiéndose a expulsarlos, lo que consiguió en gran parte (ya hemos visto como no consiguió expulsar a los suevos de Galicia y norte de Portugal).



A cambio de este servicio, los visigodos recibieron tierras en el occidente de Francia, en la región de Aquitania, y allí fundaron un reino con la capital en Toulouse o Tolosa; también ocuparon parte de la península Ibérica, en lugar de los pueblos que ellos mismos expulsaron. Cuando se desintegró el Imperio Romano de Occidente, el año 476, los visigodos ampliaron su reino en Francia. Los reyes organizaron su reino siguiendo el modelo romano, pero no se convirtieron al catolicismo y siguieron siendo arrianos y permanecieron siempre separados de la población local, de origen romano.

Pero otro pueblo se había instalado junto a los visigodos: los francos, que ocupaban el occidente de Francia. El año 507 el rey de los francos,

Clodoveo derrotó al rey visigodo Alarico en la batalla de Vouillé y expulsó a los visigodos de Francia, que se trasladaron definitivamente a la península Ibérica.

3.2. Los visigodos en Hispania.

Los visigodos llegaron a la península Ibérica para expulsar a los suevos vándalos y alanos, el año 409 a. C. y desde esa fecha nunca abandonaron este territorio. Tras la derrota de Vouillé abandonaron Francia, de la que solo conservaron un pequeño territorio, la Septimania, y fundaron un reino hispánico, con capital en Toledo.

Los visigodos se asentaron en la Meseta Central y, como eran minoría, apenas alteraron las costumbres y formas de vida de la población hispanorromana. Además, no dominaban toda la península Ibérica: en la zona nor-occidental de la península aun existía el reino suevo y en la cordillera cantábrica estaban los astures, los cántabros y los vascones, pueblos que habían permanecido sin romanizar y que tampoco los visigodos estaban en condiciones de dominar.

Las luchas por el poder entre reyes y nobles eran constantes en el reino visigodo. Un noble, Atanagildo, se levantó contra el rey y pidió ayuda al emperador romano de Oriente, Justiniano, para conseguir la

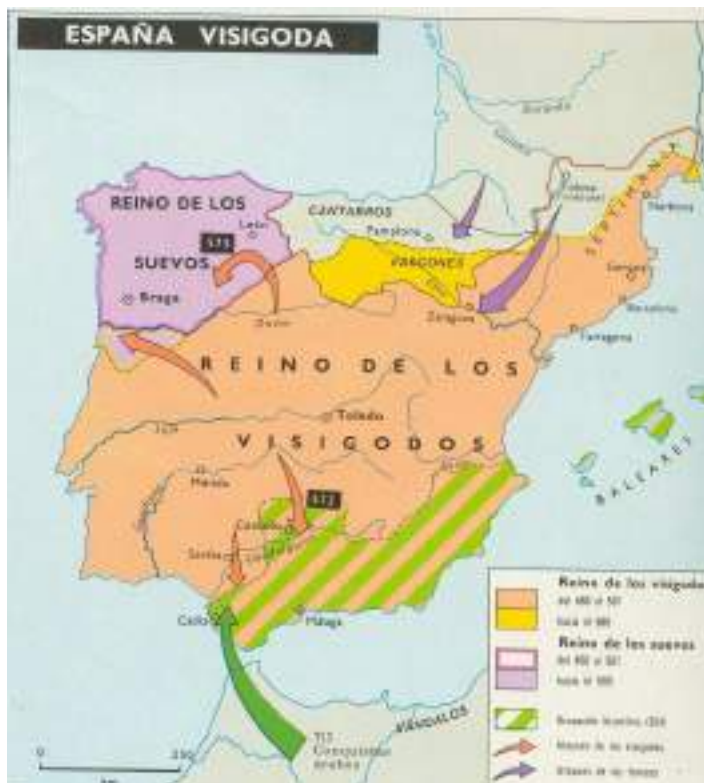
corona; Justiniano envió un ejército que ayudó Atanagildo a conseguir su propósito pero de paso se instaló en la costa suroriental de la península Ibérica, que quedó así bajo el poder de Justiniano.

3.3. La época más estable del reino visigodo.

Más adelante, el rey Leovigildo (573- 586), el más importante de este periodo, consiguió reunir bastante autoridad. Conquistó el reino de los suevos y lo incorporó al reino visigodo, hizo campañas de guerra contra los pueblos del norte (astures, cántabros y vascones), que sin embargo siguieron siendo rebeldes al poder visigodo, y casi expulsó a los bizantinos de la costa sur-oriental. Para reforzar su autoridad imitaba a los emperadores romanos, haciendo leyes en latín, usando la corona y el trono, emitiendo monedas con su efigie e incluso fundando ciudades, como Vitoriano (hoy Vitoria).

Pero Leovigildo no se convirtió al catolicismo, la religión de los romanos, y los dos pueblos, hispanorromanos y visigodos, seguían sin mezclarse. En el sur del reino, la Betica, había muchos nobles y señores de origen romano que no aceptaban la autoridad de los visigodos. El hijo de Leovigildo, Hermenegildo, que era el gobernador de esa provincia, sí que se convirtió al catolicismo, se ganó el apoyo de todos estos nobles y organizó una sublevación contra su padre con intención de convertirse en rey. Leovigildo consiguió sofocar la rebelión y mandó ejecutar a Hermenegildo.

El sucesor de Leovigildo, su hijo Recaredo, comprendió que la separación entre los católicos romanos y los arrianos visigodos era una fuente de problemas y decidió convertirse al catolicismo y hacerse bautizar; por lealtad a su rey, sus nobles también se convirtieron. El año 589, Recaredo acudió a una reunión de la iglesia católica, el Concilio de Toledo y proclamó el catolicismo como religión oficial del reino.



A partir de entonces los visigodos y los hispanorromanos comenzaron a convivir y a unirse; un rey, Recesvinto, hizo el primer código común para los dos pueblos, el "Liber Iudiciorum" o Libro de las Leyes. Los reyes y los obispos católicos colaboraban y se reunían en los Concilios de Toledo para tomar decisiones que eran tanto religiosas como políticas. Las dos culturas se fueron mezclando, si bien predominaba la cultura romana, que era más sólida; nuestra lengua, el castellano, deriva del latín, con solo algunas palabras prestadas de las lenguas germánicas. El obispo de Sevilla, San Isidoro, escribió las Etimologías, una especie de diccionario enciclopédico en el que reunió el saber que aún se conservaba de origen romano.

También la actividad artística se recuperó. En el siglo VII se levantaron algunas iglesias que imitaban las del final del imperio romano, pero más modestas; las iglesias visigodas tienen planta basilical y están construidas en piedra, pero tallada de forma irregular y no tiene cúpulas, bóvedas ni ábsides; en lugar de arcos de medio punto tienen arcos en forma de herradura. Las iglesias están decoradas con relieves, algunos de ellos figurados, como los de San Pedro de la Nave, que representa escenas de la

Biblia, y la mayoría con temas vegetales, que son siempre muy esquemáticos. Los reyes y nobles regalaban a las iglesias cruces y coronas votivas, con piedras semipreciosas engastadas, como las del Tesoro de Guarrazar.

3.4. La crisis del reino visigodo.

A pesar de todo, el reino visigodo era muy inestable: había luchas continuas entre los nobles y el rey. El año 710, a la muerte del rey Witiza, se formaron dos bandos: los partidarios de Rodrigo, el gobernante de la Betica, y los partidarios de Akila (hijo del rey anterior); estos últimos llamaron en su ayuda a los musulmanes, que acababan de ocupar el norte de África. El año 711 el comandante musulmán Tarik cruzó el estrecho de Gibraltar y derrotó a Rodrigo en la batalla de Guadalete (Cádiz) pero no entregó el reino a Akila, sino que lo ocupó y acabó así con el reino visigodo.

4. El reino franco: origen, consolidación, el ascenso de los mayordomos de palacio.

4.1. El origen del reino franco.

Durante la época romana, los francos estaban junto a la frontera norte del imperio; cuando el imperio de Occidente se derrumbó conquistaron el norte de la Galia, (hoy Francia). Poco después su rey, Clodoveo, de la familia de los merovingios, se convirtió al catolicismo. Así se ganó el favor de los nobles y señores de origen romano, pudo hacer leyes comunes para romanos y francos (las leyes sálicas) y consiguió formar un reino sólido. Con ayuda de otro pueblo bárbaro, los burgundios, Clodoveo derrotó a los visigodos en la batalla de Vouillé (507) y les expulsó de la Galia salvo de un pequeño territorio junto a los Pirineos, la Septimania.

Clodoveo consideraba que el reino de los francos era de su propiedad y por eso lo dividió entre sus hijos, que lucharon entre si; más adelante, algunos reyes merovingios consiguieron reunir otra vez el reino, pero luego terminaban por dividirlo de nuevo entre sus descendientes y volvían las luchas. Además, como pasaba en el reino visigodo, los nobles se sublevaban continuamente contra sus reyes, y los conflictos en el reino franco eran constantes.

4.2. Los mayordomos de palacio.

Para apaciguar a los nobles un rey merovingio, Clotario, creó para ellos cargos políticos, en especial uno muy distinguido: el de mayordomo de palacio, que era la persona con más autoridad del reino después del propio rey. El año 679 Pipino de Heristal, de la familia de los carolingios, se convirtió en mayordomo real, y comenzó a suplantar al rey en sus funciones; se enfrentó a otros pueblos bárbaros que querían ocupar la Galia y los derrotó y muchos nobles francos reconocieron sus méritos y su autoridad.

El año 732 los musulmanes, que habían invadido la península Ibérica, atravesaron los Pirineos y entraron en la Galia; el hijo de Pipino, Carlos Martel (Carlos Martillo), que le había sucedido como mayordomo, expulsó a los musulmanes y les hizo retroceder al sur de los Pirineos. Gracias a esa victoria, Carlos pudo gobernar como si fuera el rey y a su muerte, los nobles francos destronaron al último rey merovingio y eligieron a su hijo Pipino el Breve como su rey.

5. El imperio carolingio.

5.1. El origen del imperio carolingio.

El nuevo rey de los francos, Pipino el Breve, fundó la dinastía carolingia. Protegió al Papa Esteban II de los invasores lombardos, que habían ocupado el norte de Italia, e incluso rescató para él un territorio en el centro de Italia, alrededor de Roma; a cambio, el Papa le bendijo como rey y eso le dio mucha autoridad.

A la muerte de Pipino heredó el trono su hijo Carlos, que ha pasado a la Historia como Carlomagno o Carlos el Grande (768- 814). Carlomagno se enfrentó a los pueblos que rodeaban y amenazaban el reino franco: sajones, eslavos, lombardos y musulmanes. Sometió a los sajones, que estaban el norte, y a los eslavos, al este, les obligó a convertirse al catolicismo y los incorporó a su reino. Derrotó a los lombardos y se hizo coronar como su rey. Además, envió un ejército contra el emirato de Córdoba, el reino musulmán de la península Ibérica e intentó tomar Zaragoza; no lo consiguió, pero sí que ocupó los valles de los Pirineos, donde creó una provincia fronteriza, la Marca Hispánica.

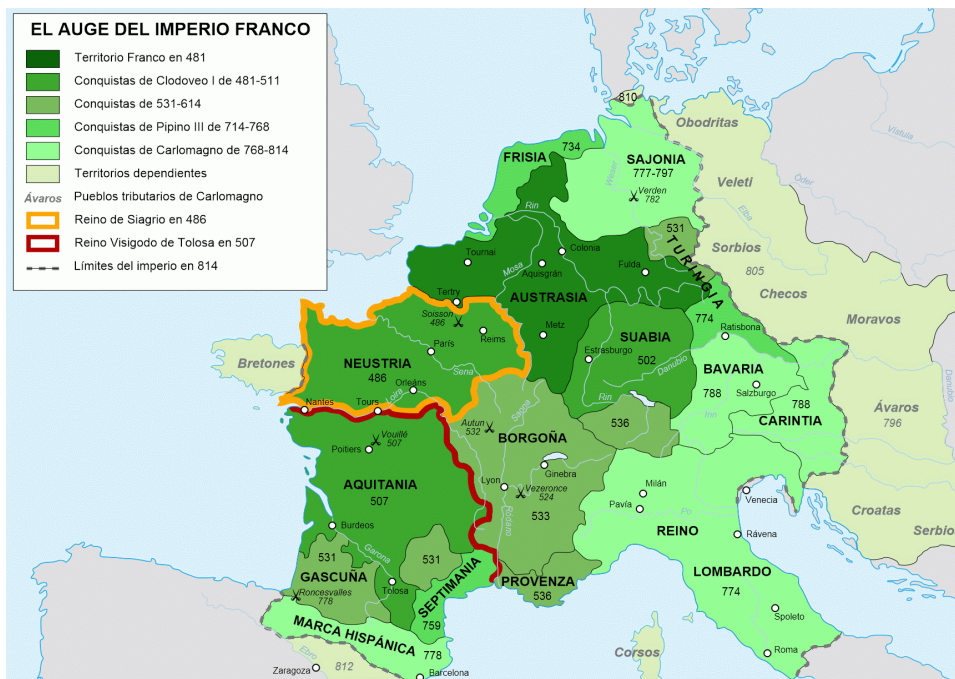
Carlomagno se convirtió en el protector del Papa, le libró de sus enemigos lombardos y le garantizó los territorios que su padre le había dado. A cambio, el día de Navidad del año 800, el Papa le coronó como Emperador de los Romanos, sucesor de los antiguos emperadores de Roma y lo que había sido el reino de los francos se convirtió en un imperio que lleva el nombre de la dinastía que en él reinó: imperio carolingio.

5.2. La plenitud del imperio carolingio.

El imperio carolingio era muy extenso: ocupaba todo el reino de los francos y los territorios que Carlomagno había sometido. Además, ejercía su dominio sobre los pueblos del este, que reconocían la autoridad de emperador, y en cierto modo también sobre el Papa. Para gobernarlo, Carlomagno tomó como modelo a los antiguos emperadores romanos: todo el poder dependía del emperador, que estaba bendecido por la Iglesia Católica, como si su poder viniera de Dios.

Para ayudar al emperador en las tareas de gobierno estaban el canciller, un clérigo muy instruido, que llevaba toda la correspondencia y los asuntos reservados o el mariscal (jefe de tropas); había también cargos honoríficos, como el de chambelán o ayudante de cámara o el de copero del rey, que distinguían a los nobles que los ocupaban y eran muy codiciados.

El imperio estaba dividido en condados, cada uno gobernado por un conde; las zonas fronterizas se llamaban marcas y estaban bajo el mando de marqueses. Los condes y marqueses debían obedecer en todo al emperador y para vigilarlos estaban los missi dominici "enviados del señor".



Carlomagno puso la capital de su imperio en Aquisgrán y allí mandó construir un palacio del que solo se conserva la capilla, que hoy es la catedral de Aquisgrán. En ese palacio creó un centro de estudios, la Escuela Palatina de Aquisgrán, que llenó con sabios, casi todos clérigos, llegados de distintas regiones de Europa que y puso bajo la dirección de Alcuino de York. Los sabios de la Escuela Palatina se esforzaron en recuperar los conocimientos de época romana y los organizaron en dos cursos: el trivium, en el que se estudiaba retórica, gramática y dialéctica, y el quadrivium en el que se estudiaba aritmética, geometría, astronomía y música. Estas materias se llamaban "artes liberales" porque su conocimiento, según entendían los sabios de entonces, hace libres a los hombres. Este plan de estudios fue el que pasó siglos más tarde a las universidades.

Carlomagno también promovió la fundación de monasterios. Todos los monasterios seguían, la regla de San Benito (siglos V y VI), que se dedicaba al trabajo y la oración, y además se dedicaban al estudio y la enseñanza de las artes liberales y a la protección de la cultura, esto es, a copiar textos de la antigüedad.

5.3. La crisis del imperio carolingio.

El hijo de Carlomagno, Luis el Piadoso (814- 840), heredó su imperio y lo mantuvo prácticamente intacto, pero a su muerte, sus hijos varones se enfrentaron por el poder. Después de una larga guerra, los tres hermanos que sobrevivieron firmaron un acuerdo, el Tratado de Verdún, el año 845, en el que se repartían el territorio: Carlos, llamado el Calvo, recibió se quedó el reino occidental, que casi comprende lo que hoy es Francia; Luis, apodado el Germánico, con la oriental, muy parecida a la actual Alemania, y Lotario, el mayor de todos, se quedó con el reino central, entre los de los dos hermanos, desde Frisia (hoy Holanda) hasta el norte de Italia. Ninguno heredó el título imperial, y el imperio carolingio desapareció. Más adelante, el reino de Lotario se dividió y Carlos el Calvo y Luis el Germánico se lo repartieron.

Estos nuevos reyes tenían mucha menos autoridad que la que había tenido su abuelo, Carlomagno; sus condes y marqueses tomaban su cargo como una propiedad personal y se convirtieron en señores feudales, con plena autoridad en sus territorios, de manera que la unidad de los reinos se fue desintegrando.

TEMA 4. EL MUNDO ISLÁMICO DURANTE LA EDAD MEDIA.

El Islam es, junto al judaísmo y el cristianismo, una religión monoteísta, es decir, que cree en la existencia de un solo Dios, término que en árabe se denomina Alá. La palabra Islam significa "sometimiento"; la religión islámica tiene como principio el sometimiento o la obediencia a la ley de Dios. El Islam apareció en Arabia en el siglo VII; la lengua en la que se escribió su libro sagrado, el Corán, y las raíces de su cultura son árabes. Pero pronto esta religión se extendió por los territorios del entorno de Arabia y muchos musulmanes no son árabes, sino de otras naciones o culturas.

1. Contexto geográfico y cultural del origen del Islam.

La península de Arabia, el territorio donde apareció el Islam, se extiende entre el mar Rojo, que la separa de África, y el golfo Pérsico. Está cubierta en su mayor parte por un desierto cálido. A principios del siglo VII en estas regiones desérticas habitaban pueblos nómadas, los beduinos, que se dedicaban a la ganadería trashumante y al comercio de productos entre África y la India; atravesaban en desierto en caravanas y estaban organizados en amplias familias o tribus.

En las zonas más próximas a la costa había población sedentaria, que vivía en pueblos e incluso ciudades bastante grandes, como Yatrib (más tarde llamada Medina) o La Meca. Sus habitantes se dedicaban a la ganadería, la artesanía y, sobre todo, el comercio, como intermediarios entre los comerciantes beduinos y los europeos, persas y africanos.

La península de Arabia estaba relativamente aislada de las grandes culturas e imperios que ya hemos estudiado, pero no obstante llegaron hasta ella algunas influencias culturales de las regiones que la rodean. La mayoría de su población practicaba una religión politeísta y también daba culto a las fuerzas de la naturaleza. Pero en las ciudades había también judíos y cristianos, que creían en una religión con un solo Dios.

Unos y otros acudían con frecuencia al santuario de La Kaaba, en La Meca, donde se conservaban imágenes de dioses e ídolos que los árabes veneraban desde hacía varios siglos, como una piedra negra que era especialmente sagrada. Las peregrinaciones a estos santos lugares proporcionaban mucha animación y actividad a la ciudad de La Meca.

2. Mahoma. Contenidos del Islam.

Mahoma es el profeta del Islam. Un profeta es un hombre que ha tenido comunicación directa con Dios, ha escuchado su voluntad y tiene como misión difundirla para que todas las personas la conozcan.



Mahoma pertenecía a una importante familia de comerciantes de La Meca; a través de un afortunado matrimonio, reunió una considerable riqueza. Iba con frecuencia a retirarse y meditar al desierto y en una ocasión, cuando tenía unos 40 años, se le apareció el arcángel Gabriel, y le dijo que tenía que obedecer al único Dios. Después de esta revelación, Mahoma regresó a La Meca y contó a sus familiares y amigos lo que le había pasado. Pero siguió teniendo visiones en las que el arcángel, en nombre de Dios, le decía que el Juicio Final estaba cerca, que los árabes debían renunciar a su religión actual y creer en un solo Dios y cumplir sus mandamientos y que de esta forma alcanzarían el Paraíso. Salió a las calles a predicar este mensaje; algunos mecánicos, sobre todo miembros de su misma tribu, lo escucharon y siguieron, pero la mayoría rechazó el mandamiento de renunciar a los ídolos y adoptar la fe en un solo Dios. Por fin, Mahoma y sus seguidores decidieron abandonar La Meca y refugiarse en la

ciudad de Yatrib a la que Mahoma llamó "Medina al nabi" que quiere decir "La ciudad del profeta". Esta huida, "hégira" en árabe, sucedió el año 622 de nuestra era, que es para los musulmanes el primer año de su calendario.

En Medina Mahoma consiguió más seguidores y así formó la primera comunidad de musulmanes, pudo conquistar la ciudad de La Meca y obligar a sus habitantes a convertirse al Islam. Mahoma decidió respetar el santuario de La Kaaba, que en cierto modo incorporó a la nueva religión e hizo de la Meca la ciudad santa del Islam.

En los años siguientes Mahoma y sus seguidores consiguieron dominar toda la península de Arabia; bajo la nueva religión los pueblos de Arabia olvidaron sus diferencias y continuas divisiones y se unieron en un nuevo objetivo: difundir la nueva fe.

El Islam tiene cinco mandatos o preceptos básicos que son los siguientes:

- Creer en un solo Dios, que es el creador de todas las cosas, todopoderoso y que todo lo conoce.
- Rezar a Dios por lo menos cinco veces al día; las oraciones pueden realizarse en cualquier lugar, en soledad o en comunidad, pero siempre deben dirigirse en dirección a La Meca.
- Ayunar, mientras luzca el Sol, durante los días del mes del Ramadán, que es el noveno mes del calendario musulmán y en el que Mahoma tuvo la primera revelación. Como este calendario es lunar y sus meses solo tienen 28 días, no coincide con ningún mes de nuestro calendario, que es solar.
- Peregrinar al menos una vez en la vida a la ciudad de La Meca.
- Dar limosna a los necesitados.



Además de estos mandamientos, los musulmanes tienen algunas normas de conducta que también consideran sagradas, es decir, puestas por Dios, como no consumir vino ni carne de cerdo, no practicar el juego o la usura o proteger a los débiles. Además el Islam considera iguales a todos los creyentes. Mahoma contó a sus discípulos las palabras que Dios, a través del arcángel Gabriel, le había dicho; sus discípulos las aprendieron de memoria y casi veinte años después de la muerte del profeta las pusieron por escrito en un libro sagrado, el Corán, que quiere decir "recitación". El Corán está escrito en árabe y dividido en más de cien capítulos o suras; no sigue un orden cronológico y no está organizado como una historia que se puede leer, sino que es un conjunto de poemas para recitar.

3. Evolución del califato: califato ortodoxo, califato omeya, califato abbasí.

Mahoma murió el año 630 de la era cristiana. Al frente de la comunidad de creyentes se pusieron entonces los califas, herederos espirituales de Mahoma. Bajo los califas, los musulmanes formaron un estado, el califato.

3.1. El califato ortodoxo.

Entre los años 630 y 660 existió el "califato ortodoxo" o "califato perfecto", llamado así porque los califas eran elegidos por la comunidad entre los parientes o amigos del mismo Mahoma. Los califas eran los jefes políticos y religiosos de la comunidad musulmana. En esta etapa hubo cuatro califas: Abu Bakr, Omar, Otmán y Alí.

Durante esta etapa los musulmanes conquistaron amplios territorios que hasta entonces pertenecían al imperio Bizantino: el norte de Egipto, Palestina, Jordania, Siria, y también ocuparon el imperio Persa, incorporando al califato Mesopotamia e Irán.

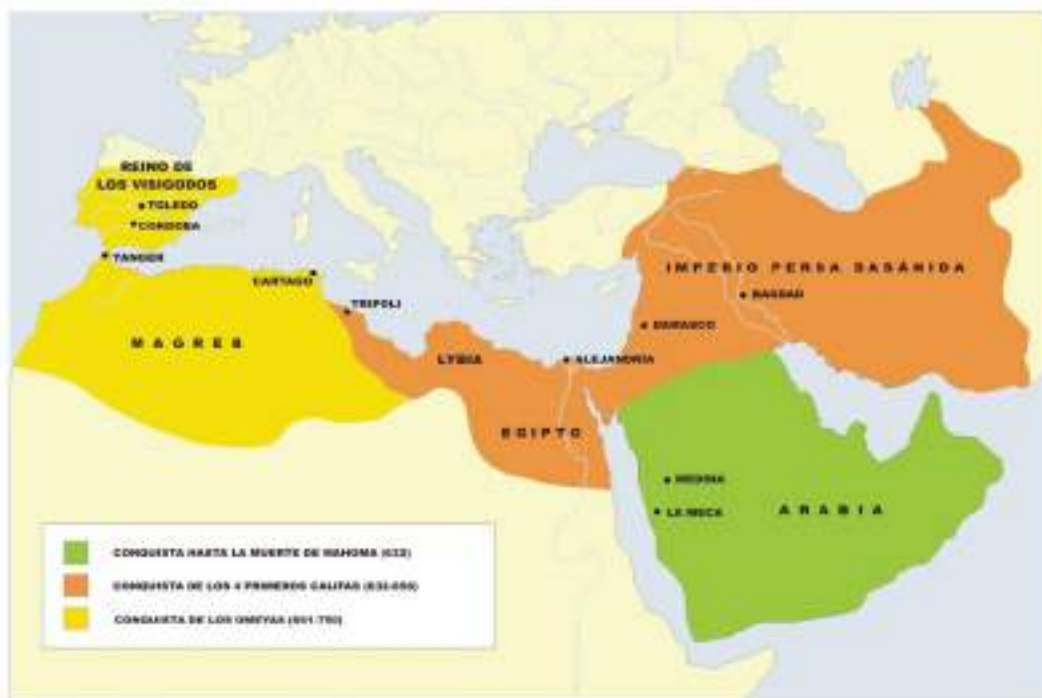
Sin embargo, pronto empezó a haber divisiones y enfrentamientos en el interior del califato. La unidad de los musulmanes no pudo terminar con las rivalidades que existían desde hacía muchos siglos entre las tribus árabes, como las que había entre la familia de Mahoma y la familia omeya, que el año 661 consiguió vencer al califa Alí y tomar el poder.

3.2. El califato omeya.

Los omeyas fundaron un califato dinástico, en el que el cargo de califa quedaría siempre dentro de su familia, pasando de padres a hijos. Pusieron la capital del califato en Damasco (Siria), donde algunos miembros de esta familia habían sido gobernantes y donde tenían muchos aliados y clientes.

Los omeyas intentaron derrotar y conquistar el imperio bizantino, que ya había perdido muchos territorios, pero no lo consiguieron. Entonces ampliaron las conquistas por el norte de África, incorporando al califato Ifriquiya y Magreb y desde allí, el año 711, tras cruzar el estrecho de Gibraltar, conquistaron Al Ándalus, en la península Ibérica. Hacia Oriente, ampliaron el territorio islámico hasta llegar al río Indo. Pocos años después, las conquistas terminaron: los musulmanes atravesaron los Pirineos y entraron en el reino franco pero fueron derrotados por el mayordomo de palacio, Carlos Martel, en la batalla de Poitiers, el año 732.

Desde la muerte de Mahoma, los musulmanes habían incorporado muchos territorios que pocos siglos antes habían formado parte del mundo romano y más tarde bizantino, por un lado, y territorios del imperio persa, por otro; eran regiones muy pobladas y civilizadas, con ciudades, monumentos, una gran tradición comercial, artesanal y cultural. Los musulmanes asimilaron todos estos conocimientos y los incorporaron a su propia cultura. La organización política de los imperios que habían existido antes en estas regiones les sirvió para crear un estado más fuerte y unido, con leyes escritas, funcionarios, sistemas de recaudación de impuestos, etc.



3.3. El califato abbasí.

El año 750 la familia abbasí, descendiente del profeta, derrotó al último califa omeya en Mesopotamia. Los abbasíes hicieron matar a todos los miembros de la familia omeya y solo uno, Abderramán, logró escapar y refugiarse en el norte de África; desde allí se puso en contacto con los partidarios de los omeyas en Al Ándalus y acabó por convertirse en su primer emir independiente.

Los abbasíes pusieron su capital en Bagdad, en Mesopotamia, una región que había pertenecido al imperio persa, que pasó a ser para los abbasíes la principal influencia en su estilo de gobierno; el califa abbasí se rodeaba de un complicado protocolo que lo distanciaba de su pueblo y le hacía parecer un

personaje casi divino y dejaba las tareas de gobierno en manos de los visires y un amplio cuerpo de funcionarios.

La dinastía abbasí se mantuvo en el trono hasta el año 1258, pero a lo largo de esta etapa tan larga el califato se fue desintegrando. Al Ándalus se hizo independiente, primero como emirato y más tarde como califato, con la misma categoría que el de Bagdad; Egipto y otros territorios también se hicieron independientes y sus gobernantes tomaron así mismo el título de califa, que perdió su prestigio. Cuando ya estaba completamente debilitado, el califato abbasí cayó en poder de los invasores mongoles y definitivamente se desintegró.

4. Economía y sociedad del mundo islámico.

4.1. Las ciudades.

Durante la Edad Media, el mundo musulmán abarcaba un extenso territorio, desde las orillas del río Indo al este, hasta la península Ibérica al oeste; el mar Mediterráneo quedaba en gran medida bajo su influencia y los musulmanes heredaron las ciudades y rutas de comercio que desde la antigüedad habían frecuentado los griegos y los romanos; las regiones más orientales, en Persia, estaban en estrecho contacto con las rutas de comercio que iban hasta China (la ruta de la seda) y la India (la ruta de las especias), y hasta las ciudades musulmanas llegaban todo tipo de productos e influencias técnicas y culturales.

Muchas ciudades musulmanas crecieron sobre ciudades romanas, bizantinas o persas; otras, como Bagdad o Marraquex, son fundaciones nuevas. Casi todas estas ciudades tienen un mismo modelo: en el centro de la ciudad está la medina, el barrio más antiguo, donde está la mezquita principal y la residencia del gobernante; en la medina encontramos también el mercado o zoco. En las ciudades nuevas que nacieron en una zona fronteriza o peligrosa suele existir una fortaleza, el alcázar, que se levanta en la zona más alta de la ciudad, y donde está en este caso la residencia del gobernante y también una guarnición del ejército. El resto de la ciudad se divide en distintos barrios, con casas que tienen una o dos plantas y un patio en el centro, a veces incluso un huerto o un jardín, al que abren las estancias de la casa, que apenas tienen ventanas al exterior. Las calles suelen ser estrechas, no siguen un trazado ordenado y no dejan espacios abiertos ni plazas. En los distintos barrios había pequeñas mezquitas y baños públicos, con agua fría y caliente.

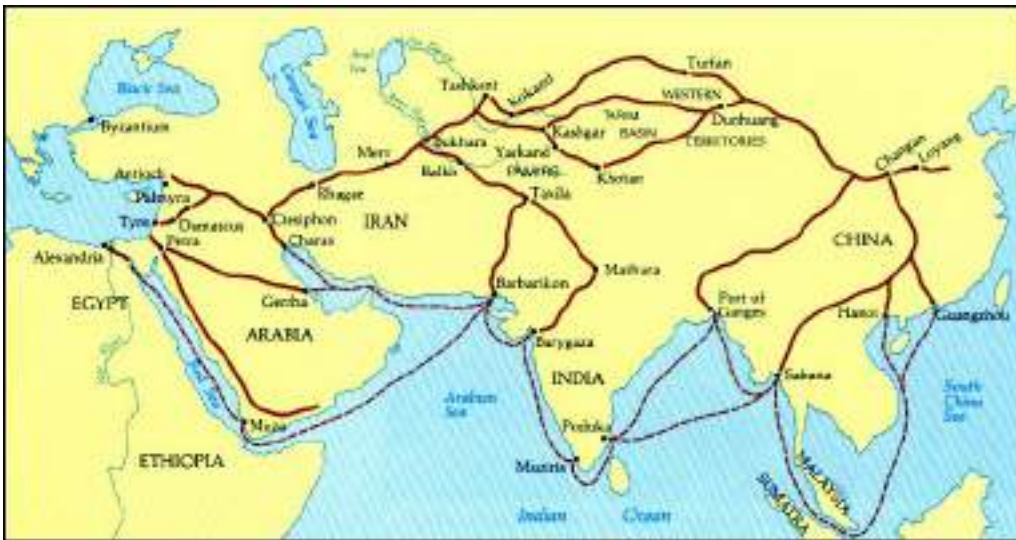


La ciudad está rodeada por una muralla con varias puertas que se cerraban de noche y que permanecían siempre vigiladas; los comerciantes que entraban a la ciudad debían pagar un impuesto a la entrada. En las ciudades regían leyes que no afectaban al campo o a los barrios de las afueras y las murallas delimitaban el espacio que quedaba afectado por ellas.

Fuera de la ciudad crecían con frecuencia barrios nuevos llamados arrabales; estos barrios podían llegar a ser muy grandes y con el tiempo construían sus propias cercas o incluso murallas.

4.2. La economía.

En la Edad Media, la economía del mundo musulmán era muy rica y próspera. Las distintas regiones mantuvieron y mejoraron las actividades económicas que ya existían antes de la aparición del Islam, como la ganadería trashumante de camellos en Arabia o de ovejas en el norte de África, la agricultura de regadío en Siria, Palestina o Egipto o la artesanía especializada en cuero, seda o vidrio que ya se había desarrollado en las ciudades bizantinas. Pero además los musulmanes, tras conquistar todas las regiones que integraron el califato, pusieron en comunicación unas regiones con otras, haciendo que el comercio fuera más fluido y llevando de unas regiones a otras técnicas que mejoraron la economía de muchas regiones. Así, por ejemplo, difundieron por el Mediterráneo y Oriente Próximo las técnicas de fabricación de papel o de seda aprendidas de los persas y a su vez de los chinos; también difundieron el uso de sistemas de regadío ya utilizados en Mesopotamia o Egipto, como la pértiga, la noria o las acequias y llevaron a occidente cultivos hasta entonces solo conocidos en oriente, como el arroz, la caña de azúcar o los cítricos.



Las monedas musulmanas eran muy fiables y valoradas en todos los territorios vecinos; existía una moneda de oro, el dinar, otra de plata, el dirhem, y otra de cobre, el feluso. En el zoco de cada ciudad existía una autoridad, el sabih al- zuq, que velaba porque se respetasen los pesos y medidas y evitaba los desórdenes y robos. En los enclaves comerciales había caravansares, edificios donde las caravanas podían parar y dejar su mercancía a buen recaudo.



4.3. La sociedad.

El Islam defendía la igualdad de todos los musulmanes e incluso en los primeros tiempos de su historia rechazó la esclavitud. Pero en la práctica, la sociedad islámica, como todas las de su tiempo, estaba muy jerarquizada e incluso dividida.

Existía una elite formada por las tribus de origen árabe que ya existían antes de la predicación de Mahoma; participaron en las conquistas, gracias a las que obtuvieron honores y territorios y tenían muchos protegidos o clientes. Por debajo de este grupo estaban los musulmanes que procedían de las regiones conquistadas y que se habían convertido más tarde al Islam, como los sirios, los persas o los bereberes. Entre estos grupos había muchas diferencias y, en el caso de los árabes, fuertes rivalidades que dieron lugar a continuos conflictos y a la aparición de diversas corrientes dentro del Islam.

Todos los musulmanes estaban sometidos a la autoridad del califa, del que emanaba la ley y la justicia, y de sus funcionarios. Para juzgar los delitos entre particulares estaba el juez o cadí, que decidía basándose de la ley islámica.

Dentro del mundo musulmán permanecieron bastantes comunidades judías o cristinas que conservaron su propia religión; los musulmanes los llamaban "gentes del libro" aludiendo a la Biblia, cuyo contenido en gran parte también venera el Islam, o también "dimníes", que quiere decir "protegidos", porque no les obligaban a convertirse. Los judíos y los cristianos vivían bajo sus propias leyes, generalmente en barrios distintos a los musulmanes, y pagaban un impuesto especial, el mismo que ya tributaban bajo dominio romano o bizantino.

Los esclavos estaban relativamente protegidos por la ley; eran muy numerosos y en gran parte procedían del mundo bizantino (la palabra esclavo procede del término "eslavo"); muchos esclavos tenían una buena formación y trabajaban en la administración y en palacio.



5. La cultura musulmana.

Las regiones que conquistaron los musulmanes tenían una antiquísima e importante tradición cultural que tenía su origen en la presencia helenística, romana, bizantina y persa. Los musulmanes asimilaron muchos elementos de estas culturas, trataron de sintetizarlos y hacerlos compatibles con su religión, los ampliaron, los conservaron y los difundieron por todas las regiones que estaban bajo su influencia.

De todos estos aspectos de la cultura destacamos los siguientes:

- La física, en especial la astronomía, que tomó sus principios de los de los sabios griegos Aristóteles y Ptolomeo y que por eso defendía una imagen del Universo en la que la Tierra estaba en el centro (Geocentrismo).
- Las matemáticas; los musulmanes adoptaron de los indios la numeración posicional y el número cero que permitía hacer cálculos complejos. De la grafía de los números árabes procede la que nosotros utilizamos actualmente. Además inventaron el álgebra e hicieron progresar mucho la geometría.
- La literatura. Al patrimonio lírico, sobre todo oral, de los árabes, los musulmanes añadieron muchos cuentos y relatos de origen oriental, como los que se recogieron en Bagdad en la antología de Las Mil y una Noches. Estas formas literarias influyeron mucho en toda Europa.



6. El arte islámico. La mezquita.

Los árabes, los primeros musulmanes, no tenían edificios públicos ni escultura monumental; en cambio valoraban mucho las artes suntuarias, como la orfebrería y el tejido, que expresaban la posición de los que las disfrutaban. Cuando las ciudades del norte de África y Oriente Medio se incorporaron a la Comunidad de Creyentes, el Islam entró en contacto con las grandes construcciones de época romana y bizantina y adoptó muchas de sus técnicas y formas artísticas.

Pero lo que más influyó en el arte islámico fue la religión.

- En el arte musulmán no aparece nunca la imagen de Dios. El Corán habla de un Dios que no puede ser visto, que transmite su Palabra, no su imagen, que habla, pero no se presenta, y para un musulmán resulta aberrante la sola idea de representarlo. Por este motivo es tan importante en la cultura musulmana la caligrafía, que recoge la palabra de Dios, Su manifestación más auténtica. En la decoración arquitectónica, la epigrafía es uno de los elementos más característicos.
- Dios es para los musulmanes El Único que Crea seres vivos; por eso los musulmanes consideran una falta de respeto pretender competir con él y representar animales o personas, que apenas aparecen en el arte islámico. La decoración se basa en elementos geométricos y también vegetales, pero muy estilizados.
- Dios es también El Único que Existe. Por ese motivo la arquitectura musulmana tiene mucha decoración, que hace que desaparezcan los muros y las estructuras que le dan solidez y presencia, y donde se refleja la luz. Es una decoración muy trabajada sobre materiales diferentes: madera en los techos y aleros, yeso y mármol en los muros, azulejos en quicios y zócalos.
- Todas las artes están al servicio de la arquitectura, dedicada sobre todo a construir las mezquitas, los edificios destinados a la oración.

6.1. La mezquita.

La obligación de rezar cinco veces al día no requiere ningún edificio ni lugar especial, pero los primeros califas, para fortalecer la comunidad de creyentes, mandaron construir edificios en los que, al menos los viernes, los musulmanes rezaran juntos y escucharan al imán o jefe espiritual.

La tradición afirma que las primeras mezquitas estaban inspiradas en la casa de Mahoma, un espacio rectangular con un patio; en todo caso, la mezquita es un espacio sencillo y homogéneo en el que lo único que importa es la orientación.

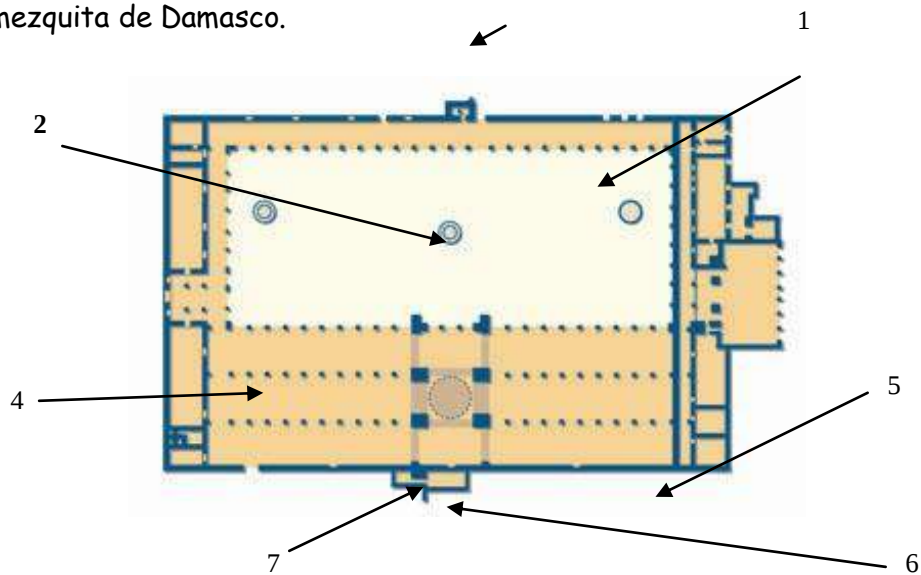
Algunas de las primeras mezquitas, como la de Damasco (siglo VIII), se levantaron sobre basílicas cristianas y las que se construyeron más adelante de nueva planta adoptaron algunos elementos de aquéllas, como las cúpulas o las naves están separadas por filas de arcos.



Una de las mezquitas más importantes es la llamada Cúpula de la Roca, que tiene planta central y está en Jerusalén. La mandó edificar el califa omeya Abd al Malik sobre un lugar que ya era sagrado para la religión judía (según la tradición, aquí tuvo lugar el sacrificio de Isaac), que el Islam asumió, y en el que se creía que el profeta Muhammad ascendió a los cielos. En el centro del edificio asoma la roca natural.



Planta de la mezquita de Damasco.



1. Patio o shan: espacio público. En algunas mezquitas está porticado o colocado casi en el centro del haram.
2. Sabil: Fuente en la que se realizan abluciones o limpiezas rituales antes de la oración.
3. Alminar: Torre desde la que el almuédano o muecín llama cinco veces al día a la oración.
4. Haram: Sala de oración formada por naves separadas por columnas. No tiene un eje principal ni una entrada más importante que otra: es frecuente que al haram se acceda desde varias puertas o que esté abierto completamente al patio.
5. Qibla: Muro orientado a La Meca, hacia el que los fieles deben dirigir la oración.
6. Mihrab: Nicho en el centro de la qibla. No recibe ninguna imagen, es el lugar del Profeta.
7. Maxura: Espacio reservado al califa, cercado por arquerías o rejas.
8. Minbar: Trono elevado desde que el imán o jefe espiritual se dirige a los creyentes.

TEMA 5. AL ÁNDALUS

1. Antecedentes: la península Ibérica a principios del siglo VIII; la conquista musulmana.

Desde el siglo V el reino visigodo controlaba la mayor parte de la península Ibérica. Los visigodos se habían instalado sobre todo en la Meseta Central. En las mejores tierras, como los valles del Guadalquivir o del Ebro predominaba la población de origen y cultura romanos y en las regiones más agrestes del norte (la cordillera Cantábrica y los Pirineos) había pueblos que no habían sido romanizados y que tampoco fueron dominados por los visigodos.

A principios del siglo VIII el reino visigodo estaba en crisis. Los reyes trataban de imponer su autoridad y que la corona pasase de padres a hijos, pero los nobles se resistían a aceptarlo y provocaban continuas luchas por el poder como las que en esas fechas mantenían dos candidatos al trono, Rodrigo y Witiza. Este último llamó en su ayuda a los musulmanes, que pocos años antes habían conquistado el norte de África. El año 711 el comandante Tarik, al frente de tropas de árabes y bereberes, cruzó el estrecho de Gibraltar y derrotó al noble visigodo don Rodrigo en una batalla junto al río Guadalete (Cádiz); pero Tarik no entregó el trono a Witiza sino que aprovechó la ocasión para ocupar la península Ibérica y unirla al imperio musulmán.

El califa de Damasco envió a Muza con un ejército que reforzara el de Tarik. En pocos años los musulmanes dominaron las principales ciudades de la península Ibérica, muchas de las cuales prefirieron capitular con los musulmanes y no resistirse a su dominio; a cambio, los musulmanes respetaron su religión y a sus autoridades. Tarik y Muza no se interesaron por conquistar las regiones del norte peninsular, donde no había ciudades y la economía y formas de vida eran muy primitivas.



1.1. El emirato dependiente (711- 756).

Los musulmanes llamaron "Al Ándalus" al territorio que conquistaron en la península Ibérica; "Al Ándalus" quiere decir "Tierra de los vándalos" porque era de esta región de donde procedían los vándalos que ellos habían encontrado en el norte de África. Los musulmanes convirtieron Al Ándalus en un emirato o provincia del califato, cuyo gobernante, el emir, obedecía directamente las órdenes del califa omeya de Damasco. La capital del emirato estaba en la ciudad de Córdoba.

Durante el emirato dependiente los musulmanes afianzaron su dominio sobre los territorios peninsulares; la población de origen visigodo y romano conservó sus leyes, su religión cristiana y sus autoridades, pero tuvieron que ceder una parte de sus tierras y de las casas de las ciudades a los nuevos invasores y pagar a las autoridades musulmanas los impuestos que antes daban al rey visigodo. Poco a poco, muchas personas de origen romanos y visigodo (y que eran cristianas) se fueron convirtiendo al Islam e integrándose en la cultura musulmana.

El ejército del emir intentó extender la conquista más allá de la Península; atravesó los Pirineos e invadió el reino franco pero fue detenido por el mayordomo del palacio, llamado Carlos Martel, en una batalla en Poitiers, en el año 732. Los musulmanes tuvieron que retroceder al sur de los Pirineos y a partir de esa fecha su impulso conquistador se detuvo definitivamente.

El año 740 estalló una grave crisis en las regiones occidentales del califato, tanto en Magreb como Al Ándalus; los bereberes de origen norteafricano estaban descontentos con el califa de Damasco

y con los árabes porque no respetaban el precepto que decía que todos los musulmanes eran iguales en derechos y dignidad, acaparaban el poder y ocupaban las mejores tierras; así, por ejemplo, los bereberes que habían participado en la conquista de Al Ándalus habían recibido tierras en el valle del Duero, más pobres que las de los árabes y sirios que se habían instalado en los valles del Ebro y del Guadalquivir. Los bereberes se sublevaron y pusieron en un apuro al emir de Al Ándalus, que tuvo que pedir refuerzos a Damasco y pudo finalmente sofocar la revuelta. Pero los bereberes que estaban en el valle del Duero no regresaron a sus tierras, de modo que en esa región quedó deshabitada y se empezó a llamar "Tierra de Nadie".

En cambio, los árabes y sirios que acudieron en ayuda del emir recibieron como recompensa tierras en el sur de la península Ibérica y se convirtieron en aristócratas terratenientes.



1.2. El emirato independiente (756- 929).

Ya hemos estudiado que el año 750 la familia de los abbasíes arrebató el trono del califato a los omeyas, después de matar a casi toda la familia. Sin embargo, un miembro de los omeyas, el príncipe Abderramán, consiguió escapar de la matanza y ocultarse en Mesopotamia y Egipto y, por fin, llegó al Magreb, donde supo que en Al Ándalus había muchos sirios y árabes partidarios de los omeyas y que no aceptaban la autoridad del emir, que ahora era obediente al califa abbasí.

Abderramán negoció con los partidarios de los omeyas en Al Ándalus, organizó un ejército, venció al emir y se proclamó a su vez emir de Al Ándalus. Se negó a aceptar la autoridad política del califa abbasí, enemigo de su familia, y solo aceptaba su autoridad religiosa, como gesto simbólico de sumisión a las leyes del Islam.

Abderramán trasladó a Al Ándalus la administración que los omeyas habían practicado en Damasco, y que en el fondo recogía toda la tradición política que había en esa región desde tiempos de los romanos y de los bizantinos. Toda la autoridad estaba en manos del emir; fundó una dinastía que pasaba el cargo de emir de padres a hijos, lo que reforzó aún más su poder. Dividió el territorio en provincias o coras, cada una gobernada por un walí, que dependía completamente de él y designó cargos políticos, como los visires o ministros, que también dependían de él y que trabajaban a su lado, en el palacio de Córdoba.



Con los omeyas también llegaron las formas de vida y la cultura de las regiones orientales del Mediterráneo. Abderramán mandó construir una mezquita en Córdoba según el modelo de la que había en Damasco y también jardines y un palacio que recordaba a los que había en su ciudad de origen. El prestigio de la religión y la cultura musulmanas creció tanto que la población comenzó a convertirse rápidamente al Islam (los nuevos musulmanes se llamaban "muladíes"). Incluso las personas que seguían siendo cristianas adoptaron la lengua y las modas de origen árabe; los musulmanes las llamaban "mozárabes" que quiere decir "que imita a los árabes". Las ciudades se recuperaron y crecieron y, gracias al contacto con otras regiones musulmanas del Mediterráneo, floreció el comercio y se desarrolló la artesanía.

Pero la sociedad andalusí estaba muy dividida y en su interior había muchos conflictos. Los mozárabes y muladíes de origen noble estaban descontentos porque no podían ocupar cargos

políticos importantes, mientras que los musulmanes continuaban con las viejas rivalidades que tenían su origen en la Arabia anterior a Mahoma; además, los gobernantes de las provincias aprovechaban la menos oportunidad para desobedecer al emir y hacerse independientes. Los emires más autoritarios lograron sofocar todas estas protestas, pero este no fue el caso de los que reinaron en la segunda mitad del siglo IX, una época en la que el emirato estuvo a punto de desintegrarse. Durante la crisis del emirato, los territorios cristianos del norte aprovecharon para extenderse a costa de Al Ándalus.

1.3. El califato omeya (929- 1031).

El año 912 subió al trono del emirato Abderramán III; fue un emir especialmente decidido a imponer su autoridad y para lograrlo hizo una reforma del ejército, al que dotó de un cuerpo especial de caballería y de soldados casi profesionales, que estaba siempre preparados para el combate; así pudo derrotar a los wálíes que se habían hecho independientes; también utilizó el ejército para combatir a los cristianos del norte. Para reforzar la frontera con ellos, levantó una serie de fortalezas en las zonas más expuestas, sobre todo en la el curso alto del río Duero.

El año 929 Abderramán III se proclamó califa, el título más importante en el Islam, jefe religioso y político con poder absoluto, reivindicando el título que había tenido su familia y negando todo tipo de obediencia al califa de Bagdad. De esta forma consiguió más prestigio y poder, y para aumentarlo adoptó el protocolo del califa del Bagdad, rodeándose de ceremonias que hacían de él una especie de ser superior, y estableció relaciones de amistad con los gobernantes más importantes de su tiempo, como el emperador del Bizancio o el Papa. Se hizo construir un enorme palacio a las afueras de Córdoba, llamado Medina Azahara, que era en realidad una especie de ciudad en la que había huertos, talleres, una mezquita... y por supuesto un gran cuartel donde estaba el ejército que lo protegía. Abderramán consiguió el respeto de los reyes y condes de los territorios cristianos del norte, que le adoptaron como árbitro de sus disputas y procuraban su protección y amistad.

El sucesor de Abderramán III, su hijo Alhakam II, continuó la política de su padre, pero pudo además dedicar gran parte de su fortuna a la cultura: reunió una importante biblioteca y una corte de sabios en Medina Azahara y mandó construir la parte más rica de la mezquita de Córdoba, el mihrab. En esta época, Al Ándalus vivió una época de gran esplendor; su capital, Córdoba era la ciudad más importante del occidente europeo, y en ella y en otras muchas florecían la artesanía y el comercio.

Sin embargo, con la llegada al trono de Hixam II, hijo del califa anterior, se inició una crisis. El califa abandonó el poder en manos de su primer ministro, Abdallah ben Alí, conocido como Almanzor (El Victorioso); Almanzor mantuvo la autoridad y unidad del califato como lo habían hecho los anteriores califas, usando la diplomacia y el ejército, pero no tenía el prestigio que ellos tenían y su autoridad era continuamente cuestionada por los súbditos. Para ganarse el respeto de los andalusíes y presentarse como un buen musulmán, comenzó a realizar expediciones, llamadas aceifas, a los territorios cristianos. Las aceifas partían de la capital y en pocos días llegaban a una importante ciudad cristiana (Barcelona, Pamplona, Santiago), la saqueaban y regresaban con el botín. Las tropas de Almanzor sembraban el pánico por todas las

El Califato de Córdoba en el año 1.002



A la muerte de Almanzor, el año 1004, sus descendientes trataron de mantener el mismo poder, y el sistema degeneró en una especie de dictadura. El califa, que permanecía ocioso en su palacio, perdió todo el respeto de los andalusíes y otras familias musulmanas aspiraban a tener el mismo poder que la de Almanzor. El año 1009 estalló una guerra en la que muchos gobernantes de las provincias o walíes intentaron suceder al califa o, por los menos, hacerse independientes en sus provincias. La guerra se prolongó hasta el año 1031, cuando Al Ándalus quedó dividida en reinos completamente independientes.

A map of the Iberian Peninsula in the 11th century, illustrating the Reconquista. The map is color-coded to show different regions and their status:

- Green:** Muslim-controlled territories (Al-Andalus), including the Kingdom of Seville, the Taifa of Córdoba, and various smaller taifas in the south and east.
- Orange:** Christian-controlled territories, including the Kingdom of Castile and the Kingdom of León.
- Yellow:** Christian-controlled territories in the north, including the Kingdom of Navarre and the Kingdom of Aragon.
- Blue:** The Atlantic Ocean (Océano Atlántico) to the west and the Mediterranean Sea (Mar Mediterráneo) to the south and east.
- Black Dashed Line:** Represents the frontier of the Reconquista, separating Christian and Muslim lands. It runs from the northwest coast, through the border of Castile and León, and then follows the Mediterranean coast through the Kingdom of Valencia and the Kingdom of Aragon.
- Key Cities:** Labeled cities include Toledo, Madrid, Córdoba, Seville, and various coastal cities like Almería, Málaga, and Murcia.

España en el siglo XI
(Hacia 1035)

A partir de este momento, Al Ándalus pasó de ser el territorio más poderoso a convertirse en el más débil, debido sobre todo a los continuos enfrentamientos que las taifas mantenían entre sí. En esas continuas luchas los reyes taifas no dudaban en pedir ayuda a los reyes y condes de los territorios del norte peninsular, a los que a cambio entregaban importantes cantidades de oro, las parias. Además, los reyes de taifas gastaban mucho dinero en sostener grandes ejércitos mercenarios, en embellecer sus palacios y en mantener importantes artistas en la corte, con la pretensión de imitar el esplendor de los antiguos califas y ser más importantes que los reyes vecinos. Así, aunque la economía andalusí seguía siendo muy próspera, gran parte de esa riqueza se perdía en estos enormes gastos, y los habitantes de las taifas estaban abrumados con el pago de los impuestos.

A photograph of the Alcazar of Seville, a large, historic stone building with multiple towers and battlements, situated behind a low wall. The building is made of light-colored stone and features several prominent towers with crenellated tops. A large, arched gateway is visible in the center. The building is surrounded by a low, light-colored stone wall. In the foreground, there is a paved area, possibly a courtyard or plaza. The sky is clear and blue.

1.5. Los almorávides y los almohades.

Durante la segunda mitad del siglo XI apareció en el norte de África un movimiento religioso que pretendía devolver la pureza al Islam. Sus seguidores se llamaban "almorávides", palabra que deriva del nombre de los ribat, unos edificios que eran a la vez monasterios y fortalezas donde los musulmanes

que así lo decidían se preparaban para luchar contra el infiel. El año 1053 los almorávides se hicieron dueños de la región del Magreb y pusieron la capital de su imperio en Marrakech. Cuando el año 1085 el rey cristiano Alfonso VI conquistó el reino Taifa de Toledo, el rey de Sevilla, Almutamid, envió embajadas al emir de los almorávides para que le ayudaran a luchar contra los cristianos. Así, el año 1086 los almorávides cruzaron el estrecho y derrotaron a Alfonso VI en Sagrajas.

Pero los almorávides pensaban que los reyes de taifas eran tan infieles como los cristianos, y su emir, Yusuf, decidió que no merecían mantenerse en el trono así que al cabo de cinco años regresó a la península Ibérica expulsó a los reyes de Taifas e incorporó Al Ándalus al imperio almorávide. Con la llegada de los almorávides Al Ándalus dejó de pagar parias a los territorios cristianos y la población aceptó de buen grado a los nuevos amos. Al principio, los almorávides fueron muy estrictos en cuestiones religiosas y persiguieron todo lo que consideraban peligroso para la religión, como la filosofía, la literatura o el arte, que tanto se habían desarrollado en Al Ándalus. Pero pronto se dejaron seducir por el refinamiento y las formas de vida de los andalusíes, perdieron su rigor y unidad y los gobernantes se hicieron independientes en sus provincias y se debilitaron.

Además, en el centro del imperio almorávide, en el norte de África, surgió un grupo dispuesto a desplazar a los almorávides: los almohades, que también defendían una religiosidad más estricta y eran sus rivales. Conquistaron Marraquex, y el año 1146 atravesaron el estrecho, sometieron todas las ciudades de Al Ándalus, que de nuevo quedó unida bajo un poder fuerte y cuya capital instalaron en Sevilla. A finales del siglo XII se enfrentaron a los reyes cristianos y les derrotaron, asegurando así de nuevo el dominio musulmán en la península Ibérica. Pero como sus antecesores, los gobernantes almohades también terminaron por separarse en territorios independientes y el reino almohade no tardó en perder su unidad y su fuerza. De este modo, a lo largo del siglo XIII, los cristianos fueron sometiendo sin gran dificultad los distintos reinos almohades. Solo un rey consiguió permanecer independiente, el rey nazarí de Granada, cuyo reino permaneció hasta el año 1492.

2. La vida en Al Ándalus.

La sociedad andalusí era muy heterogénea, es decir, que estaba formada por distintos grupos, cada uno con formas de vida y cultura diferentes. El grupo más importante era el de los musulmanes, en el que a su vez había distintos grupos: los descendientes de los conquistadores, de origen árabe o sirio, estaban en lo más alto de la sociedad, eran dueños de grandes latifundios y de ellos dependían muchas familias que les eran fieles, y ocupaban los cargos más importantes de la administración. En una posición inferior estaban los bereberes y los muladíes, estos últimos convertidos al Islam o bien descendientes de personas que pocas generaciones atrás habían sido judíos o cristianos.



Además estaban las personas de las otras religiones monoteístas, a los que los musulmanes llamaban "dimníes" que quiere decir "protegidos" porque las autoridades toleraban sus respectivas religiones. Vivían según sus propias leyes y costumbres; dentro de las ciudades ocupaban barrios distintos donde se levantaban, según el caso, sus iglesias o sinagogas. En general, los cristianos adoptaron más características de la cultura musulmana que los judíos y por eso se les conoce en esta época como "mozárabes," (que imitan a los árabes). Los judíos, con la intención de preservar sus costumbres y religión, se mantenían más aislados, pero llegaron a ocupar importantes funciones en la administración y desempeñaban oficios especialmente valorados, como la medicina o la óptica. Hasta el siglo IX, las tres religiones convivieron con gran tolerancia y armonía y muchos sabios musulmanes se

esforzaron en conciliar las verdades de los tres credos; pero a partir de esa fecha algunos grupos de mozárabes empezaron a sentirse descontentos de vivir en un país musulmán y a emigraron a los reinos cristianos del norte. Con la llegada de los almorávides y los almohades, mucho más estrictos en cuestiones religiosas, la convivencia se hizo mucho aún más difícil.

Además había en Al Ándalus un grupo muy numeroso de esclavos; como en otras regiones del mundo musulmán, algunos eran personas que habían sido educadas para la administración, la música o el arte y tenían cargos importantes en palacio y en las casas nobles, pero la gran mayoría era esclavos domésticos o que trabajaban en las minas y el campo.



La economía andalusí fue siempre muy próspera. Como ya hemos visto, las ciudades de todo el Mediterráneo recuperaron su vitalidad bajo el dominio musulmán, y así sucedió también en la península Ibérica, donde antiguas ciudades romanas como Toledo, Córdoba, Sevilla o Zaragoza se convirtieron en grandes centros económicos y culturales; además los musulmanes fundaron muchas ciudades nuevas, como Almería, Jaén, Granada, Guadalajara o Madrid. Los musulmanes introdujeron en la península Ibérica técnicas de cultivo y especies nuevas, tanto agrícolas (naranjas, alcachofas, caña de azúcar, algodón, arroz...) como ganaderas (ovejas merinas, caballos de raza árabe, etc.)

3. El arte andalusí.

El arte musulmán tuvo en la península Ibérica un desarrollo muy largo. Se inició en el siglo VIII, con la llegada de la dinastía omeya al emirato de Al Ándalus, bajo Abderramán I, y se prolongó durante siete siglos.

3.1. El arte de la época omeya.

La primera etapa del arte andalusí corresponde al emirato y luego califato de los omeya, entre los años 756 y 1031. Tiene influencia romana y también en algunas características de época visigoda.

- Las construcciones omeyas más importantes son mezquitas, pero también hubo edificios profanos (como el palacio de Medina Azahara,) y se construyeron fortalezas (alcazaba de Mérida, castillo de Gormaz), puentes (Córdoba) y otras obras de ingeniería.
- Los edificios están hechos con sillares de piedra o con ladrillos y cubiertos con techos de madera. Como soportes utilizan pilares y, sobre todo, columnas con capiteles corintios, al principio aprovechados de edificios romanos y visigodos; en época califal se hicieron capiteles nuevos que tienen una minuciosa decoración calada.
- El arco más característico es el de herradura califal; está rodeado de una moldura decorativa o alfiz. En los arcos alternan dovelas blancas y rojas, por influencia de la combinación de piedra y ladrillo de algunas construcciones romanas. Con el tiempo aparecieron otros tipos de arco, como los polilobulados o entrecruzados.
- Para cubrir pequeños espacios usaban cúpulas ligeras formadas por arcos que no se cruzan en el centro. Sus diseños son muy variados y con interesantes juegos geométricos.

El edificio más importante de la época omeya es la mezquita de Córdoba; su construcción se inició en el siglo VIII, bajo el emirato de Abd al- Rahman I, sobre el solar de una iglesia. Se orientó hacia el sur, como las mezquitas sirias; todos los emires y califas omeyas contribuyeron de alguna manera a ampliarla o embellecerla, pero las intervenciones más importantes fueron las de Abd al- Rahman II (siglo IX), que prolongó las naves hacia el sur y construyó un nuevo mihrab, Alhakam II (siglo X), que amplió las naves también hacia el sur y construyó el mihrab actual y la maxura y Almanzor (finales del siglo X), que

añadió siete naves al oeste. En el siglo XVI quedó gravemente alterada por la construcción de la catedral en medio del haram o sala de oración.



La mezquita de Córdoba tiene un sistema constructivo muy logrado, que se mantuvo en todas las ampliaciones que se realizaron a lo largo de los siglos. Las naves están separadas por filas de arcos de medio punto, que a su vez están reforzados por arcos de herradura enjarjados, es decir, con las dovelas inferiores incluidas en la base del arco de medio punto, haciendo la función de tirantes. Este sistema permitió elevar los techos y crear un espacio amplio, sin que los arcos se cayeran. En los arcos alternan dovelas de color rojo y blanco.

La ampliación de Alhakam II es la más cuidada: los capiteles corintios están finamente tallados, con una labor de trépano; el mihrab tiene planta octogonal y delante de él está la maxura, formada por arcos entrecruzados y cubierta por una cúpula gallonada. Todas las superficies están decoradas por azulejo, mosaico y mármol con ataurique, creando un efecto fascinante.

3.2. El arte de los taifas.

Entre los años 1031 y 1085, Al Ándalus estuvo dividida en reinos, las taifas, continuamente enfrentados. Sus reyes se esforzaron por emular el arte de los califas e imitan los sistemas constructivos y decorativos de la época omeya. En el reino de Zaragoza, el rey Al-Muqtadir mandó construir el palacio de la Aljafería; es una fortaleza de planta cuadrada, con torres cilíndricas. Junto a las habitaciones privadas del rey hay una pequeña mezquita de una sola nave, de planta octogonal, revestida con arcos mixtilíneos (formado por líneas curvas y rectas) y un mihrab con un arco califal.

En esta época, en casi todas las ciudades andalusíes se repararon y construyeron alcazabas y murallas. En la de Toledo se abrió la puerta de Bisagra, con un imponente arco de herradura califal en el que un gran monolito sirve de dintel, como las puertas de la mezquita de Córdoba.



El arte de los almohades.

En 1086, desde el norte de África, los almorávides conquistaron los reinos de Taifas y reunificaron Al Ándalus. Su imperio se desmoronó rápidamente cuando los almohades ocuparon Marraquex y, en 1147, Al Ándalus, que incorporaron a su imperio norteafricano. Los almohades pusieron su capital en Sevilla y allí levantaron una gran mezquita, que fue derruida a finales del siglo XIV y de la que hoy solo se conserva el alminar y el patio (llamado

"de los naranjos"). Para defender la ciudad, los almohades restauraron sus murallas y construyeron torres comunicaban la muralla con el río Guadalquivir, como la llamada Torre del Oro.



El arte nazarí.

El año 1238, tras la conquista cristiana, Muhammad Ibn Nassar fundó un reino que lleva el nombre de su dinastía: el reino nazarí, que tenía su capital en Granada. Frente a la ciudad de Granada los sultanes edificaron un conjunto de palacios, la Alhambra, del siglo XIV.

El Palacio de Comares lo mandó edificar Yusuf I y está organizado alrededor del patio de los Arrayanes o de Comares, que tiene un gran estanque en el centro y pórticos en cada extremo; uno de ellos accede al Salón de Embajadores, alojado en una gran

torre de planta cuadrada; el techo de madera simboliza los nueve cielos del Paraíso musulmán.

El Palacio de Los Leones o de Daraxa fue en origen completamente independiente del anterior y tenía su propia entrada. Lo mandó construir Muhammad V como residencia privada y lugar de recreo. También está organizado en torno a un patio rodeado de columnas y con una fuente con seis leones y seis leonas en el centro, quizás símbolo del año solar. En los techos, aleros y capiteles de las columnas aparece decoración de mukarnas o mocárabes, elementos geométricos que se combinan con un efecto semejante al de las estalactitas.

